

FEDERACION DE COFRADIAS

PREGONES
DE LA
SEMANA SANTA
GRANADINA

II

JOSE GOMEZ SANCHEZ REINA
PEDRO GOMEZ APARICIO
JULIO MORENO DAVILA



GRANADA
MCM LVI

FEDERACION DE COFRADIAS

**PREGONES
DE LA
SEMANA SANTA
GRANADINA**

II

JOSE GOMEZ SANCHEZ REINA
PEDRO GOMEZ APARICIO
JULIO MORENO DAVILA



GRANADA
M C M L V I

RETABLO DE PASION

POR

JOSE GOMEZ SANCHEZ REINA



AÑO 1953

LA CIUDAD Y SUS COFRADIAS

Pocas ciudades españolas tendrán como Granada unas festividades de Semana Santa que acusen en todas sus manifestaciones un sello tan particular y una personalidad tan extraordinariamente destacada.

Quien haya conocido el desarrollo y esplendor de estas fiestas religiosas en otros lugares de España de fijo quedará admirado cuando asista siquiera una vez, la maravillosa conmemoración que las Cofradías granadinas hacen del divino drama de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Granada que por sí sola, recibió del cielo unas gracias naturales universalmente celebradas, presta con su primavera magnífica en los mil escenarios prodigiosos de sus calles, jardines y plazas, un marco incomparable a los momentos emocionales de la Semana Mayor con una personalidad tan única, que no habrá en el mundo nada comparable al prodigio que ofrece Granada, haciendo desfilar a sus Hermandades de Pasión por los lugares más bellos, más recogidos y más poéticos que en la tierra existan; lugares y escenarios propios para el éxtasis y la meditación, lugares que inspiraron en la contemplación de Cristo a un San Juan de la Cruz y a un Fray Luís de Granada.

Por eso son únicas las Cofradías granadinas; por que ellas no copiaron nada de ningún sitio. Tienen su tradición y su característica peculiar de cautivador encanto para el alma cristiana. Son andaluzas por que Granada es la Andalucía romántica y señorial, y por ser andaluzas tienen también su "duende".

Hemos dado en llamar “duende” a ese ser inmaterial que en las cosas existe, eso que no admite copias ni trasplante; pues bien este duende de las Cofradías granadinas, es único como ellas, va íntimamente unido el particular encanto de su piedad, de su misterio, de su poesía; y como ellas no puede ser imitado en parte alguna, porque para conseguirlo era necesario que en otro lugar del mundo existiera una vega y una Sierra Nevada, un cielo y un sol como el granadino y una Alhambra, un Sacro Monte y un Albaycín, patrimonio exclusivo de las Cofradías de Granada.

Tradición y personalidad. He aquí las dos características de nuestras Hermandades.

Tienen tradición porque son viejas. Nacieron en la vida de de la ciudad, apenas Granada fué reconquistada para el cristianismo por los Reyes Católicos. Y las hay del siglo XVI y del XVII en adelante.

Granada y Sevilla, rivalizaron durante tres siglos: XVI, XVII y XVIII en el esplendor de sus Cofradías. Con la desarmotización y persecuciones liberales del diez y nueve sufren el terrible golpe de la impiedad sectaria. Sevilla quizá por su temperamento más inquieto y más abierto, no se resigna a vivir en privado, y en la primer bonanza vuelven sus cofrades a procesionar los “pasos” queridos. Granada más filosófica y más espiritual, se queda contemplando la belleza de sus Imágenes pasionales en el poético silencio de sus templos, hasta que vuelve a brillar el sol de la nueva reconquistada española. Son nuestros días, los días gloriosos de la España salvada. Y en esta hora de paz y de anhelos espirituales, torna Granada a devolver a sus cofradías la emoción lírica de toda la Ciudad. Es el momento de nuestra resurrección cofradiera.

TRIPTICO DE PASION

A España hay que situarla en el primer plano de las naciones del mundo, en esta hora de la Semana Santa, que no en balde es España la patria elegida por Jesucristo y la Santísima Virgen para sus grandes y predilectas advocaciones. Desde el Domingo de Ramos hasta el Sábado de Gloria, España hace de sus calles y plazas, un inmenso templo lleno de fervor y de recogimiento.

La Semana Santa en las regiones Españolas es comparable a los retablos de un magnífico templo catedralicio. Cada uno con su estilo y su inconfundible personalidad. Y así vemos unos retablos románicos en la Semana Santa de Galicia, de Asturias y de Cataluña, a la sombra de sus recias columnas y de sus arcos sombríos.

Unos retablos góticos, en la Semanas Santas de León y de las dos Castillas, vibrantes como el patetismo de sus altos relieves y punzantes como las agujas de piedra de sus caladas torres. Unos retablos barrocos, en las Semanas Santas de Levante, macizas de anacronismos, llenas de oro y de luz. Unos retablos de renacimiento español en las Semanas Santas de la noble Extremadura, recias y sobrias como los pórticos de sus casonas señoriales y el gesto de los conquistadores extremeños.

Y en el crucero de esa Catedral española, los retablos de la Semana Santa andaluza, que tienen de todos los estilos, porque Andalucía es el museo de España, porque en Andalucía, el arte de todos los tiempos, se quedó dormido en el brujo encanto de sus callejas, y enredado como las flores en las cancelas, y como las madre selvas en los tapiales. Porque Andalucía es un mosaico inmortal, con un sedimento de siglos y con una personalidad artística tan propia, que sólo ella es capaz de haber transformado la Mezquita de Córdoba en un templo para Cristo, la airosa Giralda de Sevilla en una torre Mariana, y todos los minaretes de Granada en románticos campanarios.

En el crucero de esa Catedral de la Semana Santa española está plasmada la distribución exacta de toda ella, en un imaginario y monumental tríptico de Pasión. Y allá al lado de la Epístola, estarán los pasos de Málaga, de Cádiz y de Jerez, bellos y pasionales, luminosos y floridos; bajo un palio de cielo malagueño tachonado con las estrellas de la campiña jerezana y al pie del altar por alfombra, las azuladas aguas del litoral mediterráneo para que en ellas se copien los Cristos y las Dolorosas de Mena.

Y frente a esta tabla de la Epístola, en el lugar del Evangelio porque simbólicamente representa la gran verdad de la Semana Santa andaluza, se mostrarán las Hermandades sevillanas, cerca del Sagrario por que son Sacramentales, tras una cancela afilegranada como es toda Sevilla. Y allí, en sus incomparables y piadosos altares entre flores y cera, los Cristos del Gran Poder, de Pasión y del Cachorro y bajo sus prodigiosos pasos de palio, las Vírgenes de la Esperanza, de la Amargura y del Patrocinio. Toda la obra de Montañez y de la Roldana hecha carne viva en la Semana Santa de Sevilla, luminosa como los lienzos de Murillo y embriagada por el olor de los azahares en las noches sublimes de su Semana Mayor.

Y me preguntarán. ¿Y nuestra Semana Santa? Dejarme que os conteste. A la Semana Santa de Granada, le corresponde, por derecho propio, la tabla central del gran tríptico pasionario andaluz.

ALTAR MAYOR

Si alguna ciudad andaluza, puede ofrecer a la representación del drama de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, un escenario meridional incomparable, único, semejante en rincones y lugares a los vividos por Jesús en la histórica Jerusalén, esa Ciudad es sólo Granada, sobre la que ha querido derramar el cielo las más espléndidas bellezas terrenas, y el tesoro artístico de unas Imágenes incomparables.

A los cuatro puntos cardinales de ese filosófico cuadrilátero en que se desenvuelve la Pasión de Jesús, Granada le ofrece los cuatro escenarios incomparables: de su Puerta de Elvira, de su Albaicín, de su Sacro Monte y de su Alhambra, para que en ellos se desarrollen llenas de espiritualidad, las escenas cumbres de la Entrada en Jerusalén, de la Calle de la Amargura, del Calvario y del Dolor de María con el Hijo muerto en los brazos, que es el gran misterio de la Virgen de las Angustias.

Y esos cuatro momentos los lleva Granada al altar mayor del tríptico pasionario andaluz como las notas cumbres de su Semana Santa, añadiéndole, por marco que lo circunda, la Carrera del Duro granadina, y por penacho y crestería, todo el maravilloso portento del palacio Nazarita, y las nítidas cumbres de la Sierra Nevada.

Y ahí tenéis, para la gran apoteosis de la Entrada de Jesús en Jerusalén, síntesis del fervor y entusiasmo que la doctrina de Cristo había despertado en tres años de predicación al pueblo hebreo, a esa incomparable Puerta de Elvira, recortada en un fondo de paisaje oriental al pie de las viejas murallas de la Alhacaba. Fortalezas moras en la lejanía y almenas sobre el arco más famoso de los árabes. En la brisa de la tarde cargada de perfumes de los cármenes donde la primavera irrumpe triunfalmente, el alegre parpadear de las palmas doradas en torno a la figura del Redentor y el jubiloso murmullo de los cánticos infantiles que resuenan con ecos de Hosanna, componen el gran alto relieve de esta escena de las calles de Jerusalén trasplantada al escenario maravilloso del rincón granadino de la Puerta de Elvira, por donde un día ya lejano también entró en Granada la doctrina de Cristo simbolizada en los estandartes de los Reyes Católicos.

Son los momentos triunfales de Jesús y Granada se acuerda enseguida de la Virgen. María hubo de estar alegre por las calles de Jerusalén contemplando la apoteosis del Hijo. Y Granada con ese sentido de teología popular del alma andaluza, quiere también

que por sus calles, en esas tardes de gloria, ande sonriendo la Virgen. Y para lograrlo creó ese Paso de palio, blanco como la nieve de la Virgen de la Victoria. Y vinculó al júbilo de la Virgen que ríe, la alegría de nuestra España salvada. Y para que la Virgen fuera más contenta, los Hermanos de la Victoria le ofrecimos el cetro de Hermano Mayor al Caudillo de los españoles, y las varas de su Mayordomía a la heroica Infantería española, que luchando siempre por Ella bajo el dogma de la Inmaculada Concepción, derramó su sangre generosa en todos los campos de batalla del mundo.

Y como la Virgen está alegre en esa tarde del Domingo de Ramos, Granada se la lleva de fiesta por su típico barrio del Realejo, para que le canten desde todos los balcones, para que la perfumen las rosas y los claveles del Cuarto Real y de los cármenes de Santa Catalina y del Caidero. Y allí hay que ir a verla, para gozar de su sonrisa y para que la Virgen nos mire y nos proteja.

*Déjate llevar, amigo,
adonde quiero llevarte.
A la plaza del Realejo
la plaza de los cantares,
cuando el Domingo de Ramos
la Virgen sale a la calle.*

*¡Ay Virgen de la Victoria
blanca como el azabache!
Mira que cara la suya,
mira que manos de ángel.
Mira ese palio de seda
que bordaron cien dedales
en la colmena de un claustro
con hilo de soledades;
para que en la noche tibia
lo mesan doce varaes,
como se mece en el mar
la magestad de una nave.
Y mira esas rosas blancas
cantándole un Dios te Salve.
y esos luceros del cielo
que bajaron a alumbrarle.
Ya se aleja el paso alegre
por las misteriosas calles,
que tienen duende y embrujo*

*de coplas por soleares.
Ya va el Domingo de Ramos
hecho plegaria y cantares,
ya se hizo toda Granada
catedral de catedrales.*

Y con esta brillantez y con este encanto, lleva Granada su Domingo de Ramos al altar Mayor de la Semana Santa andaluza.

Y enseguida comienza a poner en andas todo el prodigio de sus incopiables esculturas. Y los Cristos y las Virgenes de Mora y de Risueño, de Mena y de Siloe sirven a Granada para el cronológico suceso de la Pasión y Muerte de Jesús. Y ya lo vemos orando en el Huerto mientras los apóstoles duermen, como muchas almas cuando a Jesús lo dejamos solo en el silencio del Sagrario.

Y lo vemos prendido, ya camino de la casa de sus inquisidores solemne, resignado con la voluntad del Padre. Es el Soberano Poder de Jesús en su prendimiento, plasmado en ese sublime Cristo del Rescate de José de Mora. Ya está preso Jesús. Y cuando lo sabe la Virgen empieza a llorar y a ir tras El, como iría cualquier madre del mundo tras el hijo preso.

Y el llanto de la Virgen en esos momentos es un llanto de inquietud, de sozobra, como son los rostros y las lágrimas de la Virgen de la Amargura y la de los Dolores de la Magdalena.

Pero a Jesús lo culpan y Pilatos manda azotarlo y coronarlo de espinas y así lo vemos en el atardecer de Granada, con sus carnes ensangrentadas como el crepúsculo que se extingue. Compasivo misericordioso con los que le escupen y le azotan. Cristo del Perdón, y de la Humildad, escarnecidos, solitarios en el dolor, a la mortecina luz de cuatro cirios o de cuatro faroles.

Jesús tiene que comparecer ante sus jueces. Anás y Pilatos, Herodes y Caifás. Tiene que recorrer las calles de Jerusalén de Tribunal en Tribunal; y Granada para esa vía de sufrimiento, lleva a Jesús a su Carrera del Darro, fantasmal y solitaria, hasta que Pilatos lo presenta al pueblo y el pueblo dicta la sentencia ¡Crucifícale, crucifícale!

Ya está sentenciado el Galileo, y José de Mora, el gran imaginero, lo plasmó en esa maravillosa escultura de la Hermandad de la Sentencia, para presentarlo a Granada en el plenilunio de una noche primavera.

¿Dónde está mientras tanto la Virgen? Llorando amargamente, pretendiendo acercarse a su hijo. Suspirando por encontrar alguien que pudiera evitar lo inevitable. Así nos cruzamos con María por la Carrera del Darro; como la vieron los Apóstoles por las calles

de Jerusalén. Maravilla que con un corazón femenino pueda sufrir tanto. Alonso de Mena supo recoger todo ese dolor inquietante en el soberano rostro de la Virgen de las Maravillas, dolor de sangre como el tono de su manto y de su palio granadino.

Ese dolor profundo que también lo tiene la Virgen de la Esperanza de cuyos ojos luminosos como el color de su manto, brotan lágrimas de infinita congoja.

Y verde también como un contraste de cielo y de mar, es el manto de la Virgen del Rosario, compendio de todos los dolores y los gozos de la María, como son las aguas de los océanos, con días y noches de galerna, Misterios de gloria y de dolor, semejante a las horas de la vida.

Ya Jesús ha sido cargado con la cruz, así lo vemos en la prodigiosa talla del Gran Poder de la Cofradía de los Banqueros, y en la no menos celebrada escultura de Nuestro Padre Jesús del convento de las Bernardas.

Va a emprender el Nazareno el recorrido de la calle de la amargura, y allá va con su cofradía del Vía Crucis. La Virgen lo va a seguir, con el alma partida, hasta el Calvario.

Es el segundo gran momento de nuestra Semana Santa. La calle de la Amargura. Y para escenario, Granada ofrece a Jesús las empinadas cuestas de su Albaycín. Por ellas sube también la Virgen de la Aurora.

Es la única Virgen granadina que en el fanalito de su bello paso de palio toma como el Divino Maestro la calle de la Amargura, doblando aquellas esquinas albaicineras, siempre afanosa, llorando desolada por el hijo que no encuentra.

Y allá sube hasta la Plaza de San Nicolás, inquiriendo con sus ojos bañados de lágrimas los pasos de Jesús.

¡Albaycín granadino! Jesús va por otra parte arrastrando la cruz de su martirio, por el dédalo de calles moriscas, entre cármenes y huertecillos. Y cruza la famosa Plaza Larga rodeada de murallas como las de Jerusalén...

A su paso la gente ha levantado altarcos populares y sencillos con viejos lienzos y cornucopias doradas. Con candiles y velones de cobre. Con loza de fajalauza y flores recién abiertas. Las saetas se escapan al aire como un vuelo de pájaros desde los balcones. Los nazarenos proyectan sus sombras fantasmales en la blanchura de las tapias festoneadas de rosales trepadores. Las llamas de los cirios alumbran para dar a las cosas el color de los cuadros canescos. La imagen de Jesús avanza como si la brisa granadina le ayudara a llevar la cruz de su martirio.

El Albaicín va quedando atrás. Sobre la puerta de Fajalauza

como en el Puente de Cedrón, dos centuriones montan guardia al lucero del día.

La Vereda del Aceituno se abre como una auténtica calle de la Amargura, guijarros, chumberas y jarales, cuevas, vericuetos y murallas que el tiempo rompió... Cuando la Cofradía se acerca a la Cruz de la Rauda, amanece por la Sierra Nevada.

La Alhambra y el Generalife se despiertan con la Aurora para contemplar desde vacíos ajimeces el dolor de Jesús.

La Ciudad duerme al fondo como dormía Jerusalén. A lo lejos, en la verde vega, brilla el agua de los ríos como cinta de plata.

Las estrellas van apagándose poco a poco. El día avanza, el aire de la mañana trae alientos espirituales de una vida más cerca de Dios.

¡Viernes Santo! Una terrible congoja se adueña del alma cristiana. El Vía Crucis albaicinero va llegando a la cumbre del Aceituno como llegó Jesús al Gólgota para inmolarse sobre él por los pecados de los hombres.

Por el viejo barrio

de la morería,

Jesús Nazareno

caminando va,

mientras los tambores

de la Cofradía

clavan en el aire

su ronco pesar.

¡Albaicín en sombras!

Jesús Nazareno

con la Cruz acuestas

en la oscuridad.

Por la Plaza Larga

le amanece el día,

y las rosas lloran

al ver a María

que angustiada y triste

lo mira pasar.

¡Albaicín cristiano!

Dios quiso que fueras

calle de Amargura

para su pasión;

y te dió por eso

*la gloria del cielo
 en sol y en estrellas
 en brisa y en flor.
 ¡Vergel de Granada!
 suspiro y plegaria
 en Semana Santa
 custodia y viril.
 Eres calle y templo,
 ciprés y saeta,
 lágrima en la fuente
 verso en el jardín;
 y en catorce altares
 le entregas a Cristo
 en el Viernes Santo
 tus flores de abril.*

Va a morir el Redentor y Granada lleva a la representación de ese momento cumbre, el dramatismo impresionante de sus Cristos de la Expiración, de los Favores, del Consuelo y de la Misericordia, como una sucesión episódica de la muerte de Jesús para el tercer alto relieve del gran retablo de la Semana Santa granadina.

Y cada una de estas Hermandades, elige un incomparable lugar para que la Cruz se alce como sublime símbolo de redención.

El Cristo de la Expiración es un Cristo suplicante, con los ojos abiertos hacia el cielo, pidiendo al Padre perdón por los que, ofendiéndolo, no saben lo que se hacen. Es la imagen de Jesús explicando en aquellas sublimes palabras, todo un compendio de su doctrina, basada en el perdón. Es un momento que requiere horizontes y lejanías. Alzar la Cruz en la transparencia de la tarde, sin otro fondo que el azul purísimo del cielo.

*El Genil viene ensayando
 desde la Sierra Nevada
 para cantar su saeta
 cuando bajo el puente pasa.
 Jesús de la Expiración
 sobre la Cruz se agiganta,
 y cruza el puente el gran Rey
 y se copia sobre el agua
 y se lo lleva el espejo
 del río cuando pasaba.*

*En la tierra no verán
 las muchedumbres cristianas
 otro momento divino
 que llegue más hondo al alma.
 ¡Ay Río Genil! Tu que vas
 en busca de vegas llanas
 entre las sierras de Loja
 y los olivos de Cabra;
 dile al mundo lo que ves
 cuando bajo el puente pasas
 en esa tarde de abril
 que sólo tiene Granada.*

El Cristo de los Favores es un Crucificado dolorido, de majestad serena: ya ha tenido sed, y ya ha bebido las hieles de su pasión. Ya tiene el corazón abierto, ya le ha hablado a la madre y le ha dado por hijo a la humanidad en el discípulo amado. Sabe que la Virgen esta cerca de él, viviendo su agonía en el recuerdo de los felices días de Nazaret. ¡Virgen de la Misericordia! que llora desolada bajo su palio de oro, en el Campo del Príncipe granadino, mientras al fondo como un incomparable rincón de leyenda está otra vez Granada para mitigar los dolores de Jesús y de su Santa Madre, ofreciendo a la contemplación del momento, con la contricción de las almas, todo el abigarrado conjunto del barrio de San Cecilio hecho de cármenes y huertos en flor, con sus callecitas de juguete y los faroles parpadeantes como las estrellas de la noche que se asoman para ver a Jesús, por encima de las torres y fortalezas de la Alhambra.

CONSUMATUM EST

La lanzada de Longinos ya partió el corazón de Jesús y la sangre del Mártir dió vista al Centurión. Cristo ha muerto en la Cruz y allá queda en el Calvario. ¡Cristo de la Misericordia y del Consuelo granadino! Representación viva de la muerte. La Misericordia es el dolor y la pena varias horas después de haberse cerrado unos ojos.

Cadáver amado, que ya está frío, marfileño, como lo vió José de Mora y como lo procesiona Granada. Apagando los viejos faroles de la Carrera del Darro que se llenan de luna. Con brisa de primavera que se asoman a las esquinas. Con el luto de sus nazarenos descalzos. Con un ronco tambor que va poniendo en el aire su

acento dolorido. Silencio... Silencio. Sólo se siente el gemir del agua.

Y los versos de Villaespesa viven hechizados en el silencio misterioso de la Carrera del Darro.

*Hay en el aire tanta humedad que da frío;
La noche, un fresco aroma acuático deslíe,
el agua llora, gime, suspira, canta y ríe
y dominando el gárrulo y eterno murmurio
se oyen plañir las roncas serenatas del río.*

La imagen portentosa de Jesús en la Cruz, marfileña, lívida, con la boca entreabierta y su cabeza vencida, no es una imagen, no es una representación ni una sombra que pasa bajo el misterio sublime de las torres de la Alhambra; es el hijo de David, Dios mismo que ha muerto pidiendo al Padre Perdón y Misericordia.

*Ojos que vieron tus ojos
quisieran verte y cegar
el alma donde tu mires
nunca te podrá olvidar.*

Y va Cristo muerto hacia la iglesia de San José. Callejas albaicineras, sombras y resplandores como un aguafuerte de Goya. La Cruz parece que se enreda en cada balcón y las flores de las macetas, al pasar, acarician la frente de Jesús con un beso de madrugada. Y así se extingue en la procesión del silencio de Granada.

El Consuelo es otro dolor. Un dolor más desgarrado, más vivo. Es ese momento en que el hombre traspassa el umbral de la muerte.

Son esos minutos en que unos hijos deshechos por el llanto ante el cadáver del padre que acaba de expirar, le piden y le gimen como si todavía les oyera, como si el amparo paterno no se hubiera extinguido y su consuelo no les faltara. ¡Padre mío, vela por todos! ¡Padre, ampara a estos pequeños, sácanos adelante! Así es el tránsito del Consuelo por el Camino del Sacro Monte. Anhelos y penitas hondas, brazos en cruz y lágrimas de gente sencilla. Escalofríos de amanecer. Hogueras que en la madrugada se levantan como lenguas de fuegos fátuos. Lentamente sube la Cofradía. Los hermanos caminan como fantasmas en la noche. Las saetas tienen ritmo de martinete gitano y cadencia de yunque y martillo. ¡Ya viene Jesús! Un escalofrío recorre nuestras venas. Poesía en el cielo y en la tierra. Emoción única, pues único es el escenario donde ha querido Cristo en esta incomparable noche granadina clavado en la Cruz alzarse sobre el mundo frente a tanta belleza

natural, para que, cautivados por todo aquello que embriaga y subyuga, podamos los humanos comprender más fácilmente cuan grandiosa es la obra, y qué formidable es el poder de nuestro Dios, que se dejó crucificar por los pecados de los hombres. El "Paso" avanza por el camino, como una estrella por el universo.

De una escondida cueva, surge un gitanillo cetrino con su pañuelo de lunares al cuello. ¿Va a cantar una saeta, o va a pedirle un milagro a Jesús? Salió para decirle su duelo. Penitas hondas como la letra de las soleares, y quiere que todos se arrodillen ante el Señor.

¡Bendita plegaria popular! El Consuelo llega a la Abadía. La campana de la Vela le saluda al alba con su voz de plata. Los luceros se asoman como príncipes de cuento a las almenas de la Torre de Comares. ¡Ay Granada, Granada, elegida por Dios para mostrar en tí su soberano poder y su grandeza!

* *

Ha caído la tarde, unos nobles varones han descendido a Jesús de la Cruz y lo han puesto en los brazos de su dolorida Madre. Episodio sublime que ha elegido Granada, para fundirse en el dolor de María. Para hacer suyo y llamándole Virgen de las Angustias, erigirla por madre, reina y señora de la Ciudad.

Es el cuarto gran momento del retablo pasional de nuestra Semana Santa. María al pie de la Cruz, desgarrada el alma por el sufrimiento y atribulada por su gran tragedia. Es el misterio de la Virgen de las Angustias; de esa Virgen que los granadinos hicieron su patrona y para consolarla la apartaron de los días de la pasión, como se aparta cariñosamente a una madre de la capilla ardiente cuando se aproxima la hora de que han de venir por el hijo muerto; para que no padezca un nuevo sufrimiento. Así Granada apartó a su Virgen de las Angustias de la visión de la Semana Santa, y la dejó en su Iglesia, rodeada del amor y de la fe de todos los granadinos, adornada de joyas, de flores, de luz y de paz serena. Dejándole al hijo muerto en sus brazos, como si le dijéramos: "tenlo ahí madre mía, en tu regazo, como en los días de Belén". Tenlo ahí para siempre; los granadinos no te daremos ese nuevo dolor de arrancarlo de tu falda, no te recordaremos las horas tristes de la pasión, ni los pasos del calvario, ni los martillazos de la crucifixión, ni la Lanzada de Longinos. Ni queremos que tus ojos llorosos vuelvan a ver coronas de espinas, ni azotes, ni centuriones ni clavos. Granada en su amor, te deja para siempre al Hijo en los brazos para que, mirándolo, recuerdes las horas felices de la Natividad. Así es, Virgen de las Angustias, como te quiere Granada".

Pero la pasión ha llegado al momento en que la Virgen tiene a Jesús en los brazos. Y entonces Granada desdobra su propio

sentimiento, lo hace dos. Espíritu y sentidos; y deja espiritualmente a su Virgen de las Angustias en la Carrera en un sueño de maternidad, con su llanto sereno, sin nuevas amarguras, sin revivir sus dolores; y se va con los sentidos abiertos a comoverse en la representación del mismo dolor tras otra imagen bellísima de la Virgen.

Pero ni aún así, Granada admite para la Virgen de las Angustias, sea la imagen que sea, lágrimas sin consuelo, ni dolores sin bálsamo; y por eso en una exaltación mística de su amor, no encontró Granada otro lugar más encantador ni más simbólico que la Alhambra, para mitigar el gran dolor de la Virgen de las Angustias.

Porque allí, mientras la vemos angustiada, podemos decirle: “no llores Madre mía, mira toda esta belleza que te rodea, que es obra de tu bendito Hijo, mira estas fortalezas y estos palacios maravillosos que un día alzaron unos hombres que no creían en El ni en Ti, y los conquistaron unos Reyes Católicos anhelantes de alzar sobre ellos la Cruz, y hoy te los ofrece Granada como reina y señora de nuestros corazones”.

“Escucha como por alegrar tu tristeza cantan los ruiseñores, y cómo gime el agua de las acequias reales, despeñándose por las cascadas del bosque Nazarita, en esta noche del Jueves Santo en la Alhambra.

Mira como los agimeces de las torres y las tazas de las fuentes cristalinas, lloran al verte llorar lágrimas de luz como chorros de oro sobre las verdes yedras y los misteriosos arrayanes. Y cómo, por perfumar el aire que tu respiras, la noche huele a rosas, a claveles y a azahares. Y oye esa campana de la Vela cómo, por aliviar tu dolor, deja escapar al viento sus claros y metálicos sonos”.

*Está tocando la Vela
con su campanita clara
la Virgen de las Angustias
tiene traspasada el alma.
Y para aliviar sus penas
todo el amor de Granada
subió por Ella al Calvario
y se la trajo a la Alhambra.
Por los senderos del bosque
sobre un palacio de plata,
va la Virgen dolorida
como una Madre de España.*

*No es una noble cautiva
 ni es una reina sultana,
 es el dolor de María
 en la Virgen de Granada.
 “¡Tan...tan” resuena en la noche
 el grito de la campana!
 ¡Ay que Jesús está muerto
 por una turba malvada!
 “¡Tan... tan”, se clava en el viento
 el clamor de la campana!
 ¡Ay, cómo llora María
 al hijo de sus entrañas!
 Por los senderos del bosque
 va la Virg, soberana,
 sentada al pie de la Cruz
 sobre un palacio de plata.
 Que para aliviar su pena
 todo el amor de Granada
 subió por Ella al Calvario
 y se la trajo a la Alhambra.*

* *

Se hizo noche en la cima del Calvario; los nobles varones que lo descendieron y las santas mujeres que acompañaron a la Virgen llevan el cuerpo de Jesús al sepulcro. Son los últimos episodios del retablo pasional granadino. Entierro de Cristo y Soledad de María.

Y a la luz de unos hachones oscilantes, en el anochecer del Viernes Santo procesiona Granada el cuerpo yacente de Jesús camino del Sepulcro. Bandera y guiones al viento, tambores con sordina y luto en las almas. La guardia pretoriana sigue vigilante los pasos del triste cortejo, poniendo con el fulgor de sus corazas y lanzas, el sello más fiero del poderío romano. Soldados de un imperio terreno, que en la mañana de Resurrección quedarán burlados por el Rey de un imperio universal. El Rey del Cielo y de la Tierra.

María está sola. Llanto y tristeza va esparciendo en su tránsito la acongojada madre del dolor del conventico Gerónimo.

La vieron salir las monjitas de Santa Paula para llorar su pena por las calles de Granada.

*Los claustros de Santa Paula
tienen luz de candileja,
los patios están sin sueño
y las novicias despiertas.*

*Toda la tarde han estado
en, la solitaria Iglesia
junto al dolor de María
hecho soledad y tristeza.*

*Ellas le dieron pañuelo
de encaje y de blanca seda,
para que vaya enjugando
sus lágrimas como perlas.*

*Y le trajeron el manto
negro como noche negra
donde agujas y dedales
con un afán de colmena,
en los siglos de clausura
fueron bordándole estrellas.*

*Y la miraron salir
por la ojiva de la puerta
y se les quebró un suspiro
de angustia desde las rejas...*

Y allá va la Virgen de la Soledad llorando amargamente con su manto de terciopelo negro como su pena, que se arrastra en la oscuridad de la noche infinita como el duelo de María.

Ya vuelve la Virgen por el laberinto de callecitas de la vieja Granada al silencio sereno de su capilla conventual. Un rumor de novicias se escucha tras las celosías del Monasterio, cuando la Virgen se aproxima a los muros; una salve como la brisa, susurra en las esquinas, una saeta desgarrada le dice adiós, y por aquella ojiva del Convento Gerónimo se pierde, llevándose prendidos en el manto los últimos luceros de la madrugada, la sublime Madre del dolor de la Semana Santa Granadina.

* *

Y este es, señores, el retablo pasional de la Ciudad de los Cármenes y de las fuentes, que el misticismo de las almas, la inspiración poética de un mundo de bellezas naturales y el arte religioso de Granada, han plasmada lleno de emotividad, de lirismo y de encanto, para el altar Mayor de la Semana Santa de España.

J. GOMEZ SANCHEZ REINA
Granada, 1953.

PREGON DE LA SEMANA SANTA DE GRANADA

POR

PEDRO GOMEZ APARICIO

A stylized, cursive handwritten signature in black ink, consisting of several loops and flourishes.

AÑO 1954

PREGON DE LA SEMANA SANTA DE GRANADA

PDF

PEDRO GOMEZ APARICIO



AÑO 1954

De tres cosas estoy bien seguro: de que esto no va a ser un pregón, porque no puede serlo; de que Granada no es tierra de pregones, y de que —de no haber recurrido a la pluma— mi voz se quebraría apenas pronunciadas la frases iniciales. Y aun —si no lo tomáseis por un alarde de modestia, que es lo más parecido a la inmodestia— de una más; del sobrado cariño y el acierto escaso con que fué designado el pregonero.

Entiendo que el pregón no le va bien a la Semana Santa. Ni a Granada, tampoco. No sé por qué, la palabra “pregón” tiene como lejanas resonancias de tambor y trompeta, de eco rotundo y de estremecedora algarabía, de pasquín que se pega en una esquina y de grito que anuncia proximidad de fiesta. Carromato de gozos, se detiene en la plaza, entre la turbamulta de chiquillos, mientras la rota voz del pregonero reclama la atención de las gentes con el estrépito de un tambor cansado. Chirría el carro, salta la indisciplinada chiquillería, chillan los mayores para pedirles compostura, risas y voces forman el más descompasado de los coros, y el pregonero grita todavía más intentando que le oigan. Y, después, el pregón se traslada a otra plaza, entre los colores abigarrados de las banderolas y el clamor de los acompañantes, entre el tintineo de los cascabeles y las agudas notas de la trompeta, porque la fiesta viene, y la fiesta necesita el cortejo de la alegría, del bullicio y del sol.

Lo que en estos momentos se nos está acercando no es la fiesta bulliciosa y alegre. Lo que ahora está llamando a nuestras puer-

tas es la meditación. Una vez más, calles y plazas van a poblarse del cortejo infinito y silencioso de las Piedades y de los Écce-Homos, de las Dolorosas y de los Crucificados. Para llenar los pechos con la angustia suprema del Gran Drama; para inflamar el aire con la esperanza decisiva de un Martirio que, si tuvo una Cruz, iba a tener también una Resurrección. Vuestra Semana Santa es antesala de vuestro Corpus Christi: fueron precisas la Pasión y la Muerte para que el mismo Dios, hecho Hostia y manantial de vida, se entregase a los hombres. Un anochecer, ensangrentado y moribundo, teñido de un morado nazareno, va a anticiparse al día: a un día de sal en que sobre los campos verdes, vestidos de esperanza, las manos temblorosas del sacerdote alzarán el Pan blanco, como un jirón de nieve arrancado a las cumbres de Sierra Nevada, para bendeciros. Pero no hay amanecer sin noche, ni, tampoco, perdón sin penitencia. La noche del Dolor y de la Muerte está otra vez aquí, en busca del silencio penitencial de la meditación. Y a esa noche no es posible anunciarla con pregones, sino con el redoble de un tambor destemplado que abre camino a los ciriales de los penitentes y el último extendor de un Cristo moribundo.

Ni siquiera el pregón le va bien a Granada por lo que el pregón tiene de algarabía y de estruendo. Aquí, el recato, la introspección y el sentimiento hallan como una patria, donde la vida pasa de puntillas como si deseara que nadie la escuchase ni alborotar a nadie. Hay dos Andalucías, como hay varias Españas, y en esto se descubre un prodigio de Dios, que forjó la unidad entrañable con sumandos tan varios y diversos. Hay dos Andalucías: la árabe y la romana; la que se extravierte y la que se introvierte; la que da místicos y teólogos, como Fray Luis y Suárez. Yo no me atrevería a enfrentar ambas Andalucías: son distintas, y basta. Pero la romanidad contemplativa, quintaesenciada por la sutilidad oriental, ha hecho de Granada una tierra de matices, en la que el viento se transforma en brisa, la luz en claridad y el olor en perfume, y en la que hasta el color se dulcifica, más para acariciar que para herir. El agua, aquí, no brota, sino surge; no suena, sino susurra en las tazas de alabastros. El sol, aquí no quema, porque antes se refresca con la humedad de álamos y cipreses. Aquí no existe invierno, porque, al pie de la Sierra coronada de perpetuas nieves, vive la primavera perpetua de los naranjos y de los olivos. Yo osaría proclamar que la Alhambra es un símbolo: fortaleza y muralla por fuera, y, por dentro, el más deslumbrador de los palacios.

No. Granada, tierra de matices, no puede ser tierra de pregones. Para pregonarla y para exaltarla, se congregaron desde todas partes los poetas, los pintores y los músicos. Pero la pluma, el

pincel y la lira quedaron siempre como anonadados, quizá porque los humanos medios de expresión no son suficientes para enaltecerla. Y es que Granada es, a la vez, poesía, música y pintura; verso, arpegio y color. Pero fundidos y homogeneizados, de modo que no puede adivinarse dónde acaba el color para empezar el verso y dónde muere el arpegio para hacerse color. Todo, en Granada es íntimo, suave, inefable y tenue. Recato conventual en la placeta, soledad de misterio en las encrucijadas del Albaicín, fragancia de claveles en las rejas, voz que canta y que llora en los cauchiles, bronce hecho plata en la Vela, transparencia en las noches perfumadas, claridad de luna en los alicatados y en las torres, frescura en los aljibes, canto de ruiseñores en los árboles, ansia de Dios en las agujas de los cipresales y, rompiendo las sombras, la temblorosa llama de una lámpara al pie de una imagen de la Virgen. Y, como único fondo, un sentido cristiano del silencio, cauteloso y solemne, que sólo rompen el rumor del agua o la caricia del aire entre las rosas de los jardines. Si alguien quisiese pregonar a Granada, debiera inventar antes un arte nuevo en el que se unificuen y se fundan el arpegio, el verso y el color. Pero, entonces, habría inventado otra Granada, y Granada —obra excelsa de Dios— no hay más que ésta.

Yo puedo proclamarlo por no ser granadino. Inclinação natural en los hombres es amar lo propio, reverenciar lo propio, supervalorarlo, si se quiere, y exaltarlo con la estimación. Pero tan sólo aquello que posee un valor fundamental e intrínseco se hace reverenciar y amar por los ajenos. Granada —yo lo puedo decir— atrae y seduce; se entra por los sentidos y acaba señoreando el corazón. Igualmente lo pudieran decir todos aquellos —¡cuántos nombres están en mi memoria!...— que a Granada vinieron y en Granada quedaron para siempre. Pero, con la distancia, se acrecienta el amor, porque, para el amor, no hay mejor riego que aquel en que se mezclan la lejanía y la nostalgia. ¡Dura cosa es sentir a Granada desde lejos! Yo lo sé, y quisiera silenciarlo ahora que —peregrino de la nostalgia y de la lejanía— he tornado a Granada y estoy entre vosotros. A veces el silencio es mucho más expresivo que la misma palabra. Por eso he de callar. Y refugiarme en estas cuartillas; porque, si careciese de su ayuda, es posible que la voz quedase en mi garganta desvanecida y rota.

EVOCACION DE JERUSALEN

La liturgia católica ha reservado con exclusividad para Jerusalén una palabra elemental, pero estremecedora: "Hic"; es decir,

“¡Aquí!”. Esa palabra brota, lo mismo que un manantial de fuego, en todos los rincones y en todos los momentos de Jerusalén: en las calles que pisaren las plantas de Jesús; al sentir la caricia del viento que besó Sus mejillas; al contemplar —como lo contemplaron Sus ojos— hacerse de oro el sol en los terrados y en las azoteas; al aspirar la melosa fragancia de las higueras del Cedrón; al seguir, camino del Calvario, la misma Vía Dolorosa que El siguió con la pesada Cruz sobre los hombros... Pero esa palabra elemental sólo descubre entera —como un súbdito rayo de sol— la claridad deslumbradora de su misterio cuando, en la mañana primaveral del Viernes Santo, durante la Misa de los Presantificados, retumba como un trueno de gloria bajo las bóvedas de la Basílica del Santo Sepulcro: “*Hic tradidit spiritum*”; “¡*Aquí* expiró!”.

Jerusalén no es una evocación ni un monumento conmemorativo: es el entero drama de la Pasión, que revive en sus arcos, en sus piedras, en su árboles, en sus callejas y en sus encrucijadas. Y, si lo permitís, hasta en sus personajes. El paisaje vecino es agreste, reseco y polvoriento. Entre los restos de ya casi extinguidos bosques de sicomoros y de palmeras, se acurruca Betania, el poblado en que el Señor gustaba de la hospitalidad de Lázaro, de Marta y de María; allí está intacto, el sepulcro de Lázaro, el mismo en el que, al cabo de cuatro días de haber rendido pleitesía a la muerte, resonaron las divinas palabras de la esperanza definitiva: “Yo soy la Resurrección y la Vida. Quien crea en Mí, aun cuando hubiese muerto, vivirá”. Desde Betania, por una senda pedregosa y violenta, se asciende a Betfagé, donde Cristo recibió la dolorosa nueva de la muerte de Lázaro y donde está le piedra que utilizó el Señor para encaramarse a la borrica en que, entre gritos de “¡Hosanna!”, penetro en la Ciudad el Domingo de Ramos. Y siguiendo el sendero hasta coronar la cresta, ya entre el verde rotundo de los olivares, se encuentran dos Santuarios: el de la Ascensión, con la roca desnuda sobre la que Jesús resucitado puso el pie para alzarse a los Cielos, y el de Getsemaní, con la reliquia de los siete olivos que conocieron la traición de Judas, porque, en ellos, la Ciencia moderna ha identificado edades superiores a los veinte siglos. Pero allí, ante el altar mayor del templo franciscano de Getsemaní, sobresaliendo unos dedos sobre el suelo, hay una roca plana. Es la piedra de la última oración: donde descendió el Angel con el cáliz de todos los pecados de los hombres; sobre la que cayeron los sudores de sangre del Justo; donde la voz estremecida de El que lo puede todo aceptó mansamente el más horrendo de los suplicios: “Non sicut Ego volo, sed sicut Tu”...

La primavera de Palestina tiene algo de andaluza. Pero

la transparencia de su cielo no encuentra parigual en cielo alguno. Luce un sol implacable, que rompe en chispas de oro al chocar con las piedras; desde Getsemaní y el valle del Cedrón asciende la aromada caricia de un aire casi inmóvil, y de las apretadas casucas, doradas por la luz del mediodía, fluye un resol que abrasa mucho más las almas que los cuerpos. Ceñidas por la muralla antigua, las calles se adensan, se enraciman y se agolpan, y las tiendas de los viejos mercados sacan sus mostradores al exterior como si les movieran la necesidad y el ansia de un respiro. Todo, en Jerusalén, es abigarrado, multiforme y confuso. Por entre guijos en punta, muros desalineados, encrucijadas torvas y pequeñas ventanas tras las que se presienten miradas en acecho, la Vía Dolorosa se abre paso, para subir, por una cuesta pina y serpeante, hacia el Santo Sepulcro, sobre lo que era entonces Monte Calvario. Aquí, la cruza un arco; más allá, la calle se retuerce; un poco más allá, se sume bajo el túnel de los pórticos; por todas partes ensordece el griterío de los vendedores, que brindan sus mercancías —panes de Betfagé, manzanas de Belén, reses recién descuartizadas...— entre humeras de aceite, nubes de moscas y miradas de codicia de los chicuelos desharrapados. Un pordiosero rasca la costra inmundada de sus lacerías, a la vez que desgrana el monocorde apremio de su miseria; un anciano, envuelta la cabeza en el rojo "keffie", se concentra en un eterno pensar sin pensamientos, mientras pausadamente, como si el tiempo no existiera para él, absorbe la pereza perpetua de un "narguilef" que nunca se consume.

Todo, en Jerusalén, tiene el color acendrado de un relato evangélico. No está allí la Pasión, viva, espantosa y sangrienta, pero sí el escenario, Un escenario que en cada calle, en cada casa, en cada rincón y en cada piedra nos agarrota la garganta y el alma con la palabra inexorable: "Hic". Aquí estuvo la fortaleza palacio de Tetrarca y residencia circunstancial del Gobernador romano, y, sus proximidades, la piscina probática, donde Jesús curara al paralítico: de la orgullosa fortaleza imperial no hay ya ni los cimientos; la modesta piscina, lavadero de reses, sigue intacta. A no mucha distancia, se extienden las baldosas del Litóstrotos: trabajados a punta de cuchillo, conservan todavía las estrías y los surcos que la guardia romana del Pretorio utilizaba para jugar a los dados en la noche. Son las mismas que pisaron los desgarrados pies del Redentor; las mismas sobre las que fué flagelado, vestido de púrpura y coronado de espinas entre las risotadas de la plebe; las mismas sobre las que cayó el purificador riego de Su sangre...

...Y, desde allí avanza hacia el Calvario la "Vía Dolorosa", el camino del dolor más injusto, más puro y más horrendo que han conocido, ni jamás conocerán, los hombres. Con el arco del

“Ecce Homo”, donde Jesús, ensangrentado y roto, fué mostrado a las turbas; con los lugares de las tres caídas; con la esquina en que Simón Cirineo cargó sobre sus hombros el patibulo; con la encrucijada en la que la Madre, despedazado el corazón, vió pasar al hijo; con el sitio en el que la Verónica enjugó la sangre y el sudor del divino rostro; con la calleja a la que las piadosas mujeres se asomaron para llorar la iniquidad que con el Justo se perpetraba... Y más allá está el Gólgota, sobre el que la piedad del gran Rey Constantino, hijo de Santa Elena, levantó la primera Basílica del Santo Sepulcro. Dentro de la Basílica, el Calvario ha sido recubierto de ornamentos y altares. Pero allí está el lugar en el que los guardianes arrancaron el Señor las vestiduras para repartírselas; y la piedra —todavía estremecida por el eco de los martillazos— sobre la que Cristo fué crucificado: y la oquedad misma en que se alzó la Cruz y en que, a las tres de la tarde del Viernes Santo, todo se consumó...

¡Realismo incoercible y arrebatador éste del “Hic” en la Ciudad Sagrada!... Hay, sobre la plataforma que hoy cubre el Calvario, junto al lugar en que la Cruz fué izada y al pie de la espantosa grieta que milagrosamente rasgó de arriba abajo la montaña en el instante de la Expiración, un altar chiquitito amorosamente decorado de finos mosaicos. Sobre el pequeño altar una sencilla imagen de la Dolorosa; debajo de él, un saliente de piedra desnuda, sin ornamentación y sin adornos. Todo es, allí, plácido, recoleto y apacible: como el ingenuo altar de una ermita de pueblo donde se desvanece el color de unas flores campestres o el aroma impalpable del “Angelus” en los labios de arrieros y pastores. Pero, en este altar minúsculo y sencillo, está la más terrible culminación del espantoso Drama: aquel saliente de desnuda piedra fué el trono ocasional en que la Virgen Santísima acunó en Su regazo al Hijo muerto, traspasado y herido el corazón por los puñales de las siete Angustias. ¡Angustias de Granada; Madre de Dios y de todos los hombres, que buscan en las llagas de Tu corazón el lenitivo para sus dolores y la misericordia para sus culpas...! ¡Qué profunda emoción y qué consuelo tiene, para los que Te amamos, aquel trozo de roca desde el que, abrazada al más supremo de todos los dolores, desplegaste el calor de Tus angustias para darte al amor y al perdón...!

...Y, a los pies del Calvario, El Sepulcro... Bajo el mármol de rosa del Edículo, la sepultura cedida por José de Arimatea, donde —consumada la Redención del hombre— el cuerpo de Jesús fué enterrado; y las rosas auténticas que abrazaron durante tres días los sangrientos despojos del Señor; y el pedazo de piedra de la puerta que el Angel removió para dar paso a la gloria del Resucitado... Todo, en Jerusalén, se transforma en espíritu, porque

todo es etéreo, sobrehumano e inefable: dijérase que uno se siente allí un mucho menos tierra, tal vez porque se advierte más cercano de Dios. Pero de un Dios que encarnó en las entrañas de una Virgen purísima, que se hizo carne de hombre y que murió en los brazos de una Cruz para fortalecernos y para salvarnos. Así, cuando los dedos estremecidos tocan la roca en que estuvo la Cruz, no se advierte la presencia de un cadalso, sino la palpitante agonía de un Dios que perdona en el postrer instante a sus verdugos; cuando, ante el Santo Sepulcro, se engarrota la lengua al rezar el "Padre-nuestro", no es la idea de la muerte la que se nos acerca, sino la de la gloria del Resucitado, que quedó entre nosotros como prenda de perpetua Vida. ¡Siempre el dolor callado de la Semana Santa anunciando la alegría esperanzadora del "Corpus Christi"...!

Flota en el aire de Jerusalén algo como un temblor de angustias inconcretas e inidentificables. Quema el sol, arde el viento, reververan los grises tejados de la ciudad bíblica. Pero, bajo la sin par transparencia de su cielo, hay un fuego que inflama las almas más que el viento y que el sol: es la huella penitencial —arrebataadora y purificadora— del camino de un supremo dolor que fortalece y redime. Porque Jerusalén es eso: senda de fortaleza y de redención. Lo demás se anonada en el polvo, sobre el que Jerusalén ha triunfado y seguirá triunfando a través del espacio, del tiempo y de la historia.

VIERNES SANTO EN EL CAMPO DEL PRINCIPE

No he pretendido significar —ni muchísimo menos—, con esa evocación de la Ciudad Sagrada que Jerusalén, escenario maravilloso y único de nuestra Redención, esté exclusivamente allí. Allí está el testimonio —impresionado y vivo— de la piedra, del árbol, de la fuente, de la Vía Dolorosa y del Gólgota. Allí está entera la Pasión, sin aditamentos ni deformidades; permanente, desnuda y descarnada, como la roca de las angustias de la Virgen y como la oquedad en que la Cruz se alzó. Con la Puerta Dorada, cuyos arcos traspuso dos veces el Señor: en la mañana del Domingo de Ramos, entre el clamor gozoso de la muchedumbre, y en la noche del Jueves, entre los denuestos y escarnios de la turbamulta. Con el Cenáculo —el primer templo de la Cristiandad—, donde Cristo entregó para siempre a los hombres el inexhausto manantial de Vida de Su sangre purísima y de Su inmaculado cuerpo. Con la Vía Dolorosa, que empieza en la mansedumbre del Pretorio para tener fin en el holocausto del Calvario. Con el Santísimo Sepulcro, que recibió los sangrientos despojos del Hijo del Hombre para de-

volvemos la infinita esperanza del resucitado Hijo de Dios. Pero Jerusalén —lo que Jerusalén tiene de ingravidez— está también aquí: con su Puerta Dorada, con su Cenáculo, con la Vía Dolorosa y con su Santísimo Sepulcro. Aquí, y en todas partes donde lata un corazón humano inflamado en el fuego del amor y la misericordia del Señor.

Una vez más las calles de Granada van a poblarse de los cortejos conmemorativos. La primavera en flor llena la vega de aromas y colores; cantan los ruiseñores en la Alhambra, y hay un eco patético y solemne en las campanas de las iglesias. Reverdece la pita en los canchales, y desde el Sacro Monte baja un aire templado y recogido, con lejanas fragancias de incienso. Todo se ha convertido en sosiego, levedad y cautela, como si una Granada introvertida se sintiese poco a poco templo. Violetas y azucenas —las flores del dolor y la pureza— languidecen en los frescos patios, donde el agua solloza. Y un tono de liturgia cuaresmal desciende por el río, que oculta ávidamente el brillo de sus arenas de oro. La Ilíberis cristiana, evangelizada por San Cecilio y redimida por los Santos Mártires, triunfa sobre la Alhambra musulmana, también cristianizada por la espadaña de la Vela, que extiende hacia los campos y hacia el mar el son de su campana y los brazos abiertos de su cruz. Y la angustia de lo que se presente se apodera de todo: de la cristiana Ilíberis y de la Alhambra mora. Y hasta en silencio lloran los cipreses en los jardines del Generalife.

Granada vuelve a ser Jerusalén: una Jerusalén que rememora la Divina Tragedia para invitar a la meditación y al rezo. Pero una Jerusalén no exactamente reencarnada, porque el matiz—aquí—suaviza los contornos y las formas, representa el dramatismo y le abre el cauce de una serenidad contemplativa. Ya el paisaje es distinto, porque el duro desierto palestino, tierra de sequedad y penitencia, se convierte aquí en bosque y en flor. Difícil es, acaso, imaginarse nada más parecido a la Vía Dolorosa que el Albaicín, que incluso tiene su escarpado Calvario en San Miguel; con sus encrucijadas y sus esquinas, con sus calles en empinada cuesta y sus casas envueltas en sombras sigilosas. Pero la Vía del Dolor se hace en el Albaicín un camino donde la blanca claridad del carmen, las copas de los árboles que a la tapia se asoman, la frescura que mana del aljibe y el rosál que florece en la reja esfuman los contornos de la angustia para trocarla en callado sentimiento. Hasta el arte de la imaginería pasionaria, que Granada heredó de Castilla, se matizó en las gubias de los imagineros granadinos: no hay aquí violencia en la expresión ni alucinadas contorsiones en las formas. La Pasión del Señor fué silenciosa y el dolor de la Virgen careció de arrebatos. Lo que importa —para el ejemplo y la edificación— no es tanto el horror del sacrificio externo como la serena mansedumbre

con que ese sacrificio fué aceptado y sufrido por el bien de los hombres. Más importa meterse en la entraña del Drama que contemplarlo con estremecimiento.

Porque Granada —tierra de introspección y de matices— se incorporó siempre a la entraña del divino Drama, no quiso hacer de su Semana Santa un espectáculo. Dios la llamó para excelsas misiones: para abrir las ibéricas puertas a la Fe cristiana; para ofrecer, en el Monte Sagrado, la sangre generosa de los primeros mártires españoles de Cristo; para forjar la unidad de la Patria, y para concertar con Cristóbal Colón, en el campo militar de Santa Fe, el descubrimiento de nuevos mundos. Como un símbolo de imperio de la Cruz sobre la Media Luna, Isabel la Católica quiso ser enterrada en San Francisco, dominando a la Alhambra. Sólo el afán de ganar almas para la Fe, y redimirlas con la sangre que Cristo derramó en la primera Semana Santa que conoció el mundo, impulsó a la gran Reina, que, al firmar en tierras granadinas las capitulaciones del descubrimiento y de la evangelización, erigió a Granada en la depositaria de un mandato. Y Granada, fiel a ese mandato, se trocó en misión. Pero en una misión de doble fin: el de convertir a los musulmanes recién conquistados y el de ser núcleo de irradiación de la Fe cristiana entre las poblaciones de los territorios que irían descubriéndose.

Nada misiona tanto como el ejemplo, y la catolicidad granadina fué, desde sus inicios, ejemplar. Granada se hizo una Jerusalén donde los episodios de la Pasión revivían, no en una mera ostentación externa, sino en su intento y prodigioso significado de fervor y de estímulo. Así nació en Granada, casi en los mismos años de la Reconquista, su mantenida tradición cofradiera. Con dos representaciones fundamentales y es posible que únicas: el sacrificio del Dios-Hombre y el dolor lancinante de la Madre; Cristo clavado en la Cruz y la Virgen traspasada por las siete angustias; la Redención suprema y el supremo camino de alcanzarla. En torno de ambas representaciones se aglomeraron las primeras Cofradías. Que tuvieron, ya desde sus orígenes, tres sutiles motivos: La contemplación piadosa de los misterios de la Pasión, el ejercicio de la penitencia y el ejemplo público de una reconcentrada profesión de Fe. Contemplación, penitencia y ejemplo, al amalgamarse y al fundirse, fueron elaborados en Granada su profundo sentido religioso actual: su catolicidad serena, íntima, recatada y devota, que ama el silencio y se refugia en la meditación; que no grita su Credo, pero que lo defiende; que no saca a la calle su fervor como una ostentación, sino casi como una confidencia. Ese intenso sentido religioso, impregnado de una rotunda trascendentalidad, no se conforma con móviles y signos intermedios, sino que va a la entraña: al Cristo moribundo o resurrexó o a la Madre angustiada.

Quizá por ello, la religiosidad granadina ha encontrado cada año, solamente tres grandes ocasiones procesionales: la de Semana Santa, en que está rediviva Jerusalén queda invadida por los cortejos de Dolorosas y Crucificados; la del Santísimo Corpus Christi, en que es el mismo Cuerpo de Dios-Hombre Quien se pone en contacto con las gentes, y la de Nuestra Madre de las Angustias, en que la presencia del supremo dolor de la Virgen renueva en las conciencias el hondo patetismo del Deicidio.

Yo conocí en Granada una Semana Santa sin Semana Santa. Quiero decir, una Semana Santa sin procesiones. Eran los tiempos de la República, y un sectarismo antiespañol había prohibido desde el Poder las manifestaciones públicas de una Fe que comparían los más y, también, los mejores. Dos circunstancias, mejor que ninguna entre otras, me han dado la medida de la amplitud y hondura de la piedad del pueblo granadino: aquella luminosa mañana de Corpus en que, al cabo de tres años de no haberse celebrado la procesión, y, de regreso en la Catedral, rompimos como locos en aplausos y vivas al Señor, y esta Semana Santa sin Semana Santa. En la Semana Santa y en el Corpus —no hay en esto tópico ni hipérbole— Granada entera se convierte en un templo, en una capilla cada hogar y en un altar cada corazón. También aquella tarde de Viernes Santo, Granada se trocó en un inmenso templo, porque, para congregarse en el Campo del Príncipe, se quedó la ciudad deshabitada y muda.

¡Difícil cosa es querer comprender a Granada sin haber visto el Campo del Príncipe en un Viernes Santo!... Una montaña colosal de rosas y claveles, de jazmines y nardos, había amontonando el fervor anónimo del pueblo a los pies de la imagen de piedra del Santísimo Cristo de Favores, hacia el que se elevaba, en anhelo de amor, la forja retorcida de los viejos faroles de hierro. Una incontable multitud —cuarenta, cincuenta, sesenta mil personas..., ¿qué más da?— se fué adensando poco a poco en la plaza. Con un silencio espectral y solemne, que sobrecogía. Iban a ser las tres de la tarde, la hora misma en que, en lo alto del Calvario, todo se consumió... Yo diría que, al temblor de las luces de aceite, la piedra del Cristo cobró movimiento y se agitó en la Cruz con las angustias de los estertores. De pronto, del frontero reloj de San Cecilio cayeron una a una —lentas, macizas, graves y sonoras— las tres campanadas. ¿Recordáis cómo —en junio— el ímpetu del viento sacude las espigas, que se inclinan y se alzan a compás, como las olas de mar agitado? Así fué el flujo y reflujó de marea de aquella muchedumbre, en medio de un silencio impresionante, como de templo o de sepulcro. Así debió de ser el silencio que en el Gólgota sucedió a la Muerte, antes de que las nubes se rompiesen y se desgajasen las montañas. Las rodillas se doblaron sobre el suelo desnudo,

se inclinaron las frentes hacia el polvo y los labios murmuraron los tres Credos que piden tres favores. Es posible que, uno, fuese entonces el de que en las calles de Granada señoreasen de nuevo el Cristo moribundo y las angustias de la Madre, en una primavera encendida de paz. Luego, aquella multitud estremecida —cuarenta, cincuenta, sesenta mil personas...; ¿qué más da?— abandonó lentamente la plaza. Sin romper el silencio concentrado ni quebrar la emoción que les atenazaba...

Ya sé que, cada año y cada Viernes Santo, se repite aquella indescriptible escena. Para mí, en ella está, quizá, la más sustancial y lo más característico de la Semana Santa granadina. Así fué proclamado en aquella ocasión de la República, en que, frente a la inconsciencia de los persecutores, Granada entera se mostró como es; así lo proclamará esta Semana y siempre, porque, mientras Granada sea Granada, no faltarán jamás, ni al Cristo de los Favores ni a la Virgen de las Angustias, una plegaria y una flor. Y es que, en cada renovado Viernes Santo del Campo del Príncipe, está —con la Granada auténtica y eterna— su manera de ser y de sentir: la Fe, reconcentrada y silenciosa; la predisposición de penitencia; un ansia pura de aislamiento en la propia emoción; un sentirse más cerca del Señor cuando el Hijo de Dios, traspasado en la Cruz o muerto en el regazo de Nuestra Madre de las Angustias, consume por amor de los hombres el más definitivo de los sacrificios.

EL ARTE Y EL PAISAJE DE GRANADA

He aquí que, tal vez porque el Cristo del Campo del Príncipe escuchó aquella tarde la plegaria de los tres favores, vuelve a Granada la Semana Santa en la primavera de una paz de reconquista y de renacimiento. ¡Jerusalén, hecho aroma y temblor, recobrado otra vez...! Y, con Jerusalén, las procesiones. Las procesiones únicas, sobre un escenario que es único también. De un lado —revivida en madera por la mano de los imagineros— la vivencia del Drama, el dolor represado, la agonía interminable, las lágrimas que corren y la voz que perdona. es decir, el Arte. De otro lado, las fuentes escondidas, el bosque iluminado, las estrellas que fulgen, la encrucijada en sombras, el jardín que susurra y el río que solloza; es decir, el Paisaje. Y, sobre el Arte y el Paisaje, la emoción —humana y divina— de lo representado.

Yo no sé si es posible un Arte verdadero que no conmueva, porque misión fundamental del Arte es la de conmover. El Arte ha de ser más derechamente dirigido al corazón que al cerebro, para herir con más fuerza a la sensibilidad que a la razón. Frente a la sensualidad greco-romana, de exclusivo dominio de la forma, el

Cristianismo ha abierto al Arte sendas de perfección insuperable al despojar a la materia de aquello que es materia para infundirle la dimensión infinita del espíritu. Nada es el hombre sin anhelo de Dios, y ese anhelo de Dios se remansa y encauza con el Arte cristiano. El Arte, así, deja de ser oficio para trocarse en un apostolado. Cuando nuestros más grandes imagineros reciben en sus pechos al Señor antes de comenzar la talla, saben que, sin la perfección de estado de gracia, la madera, en sus manos, será materia demasiado inerte y deleznable para representar con una dignidad conmovedora a las figuras de la Redención. Realizaciones de almas en estado de gracia parecen las imágenes atormentadas venidas de Castilla para hacer aquí escuela. Una escuela que, contraponiendo la suavidad de las vegas andaluzas a la aspereza de los llanos meseteños, infunde a esas imágenes una serenidad reposada y gloriosa. Y —remansado el Arte castellano— de los talleres granadinos de Diego de Siloe y de Alonso Cano, de José de Mora y de Pablo de Rojas, de Pedro de Mena y de Ruiz del Peral, brota el caudal de unas Piedades y unos Crucificados —también realizaciones de almas en estado de gracia— que, más que gritos de un dolor lancinante, son expresiones de angustiada congoja. De esta manera, el Paisaje influye sobre el Arte.

Sería difícil prescindir del Paisaje en Granada. Mucho menos en la Semana Santa. La Redención tuvo un encuadre justo en el paisaje torvo, duro y ascético de Jerusalén. La piedad granadina tiene igualmente el suyo en la profundidad sugeridora y recoleta de sus jardines y de sus rincones, de sus placetas y de sus palacios, de sus campos de flores o chumberas. La Semana Santa granadina ha encontrado, por ello, una personalidad concreta y propia. Ya he anticipado que única. No son lícitas —ni, tampoco, oportunas— las comparaciones, porque la conmemoración es una sola. Sin embargo, mientras, en otras partes, se individualiza la Semana Santa por la sutuosidad o por la riqueza imaginera de los desfiles procesionales, la de Granada gira en torno a la entrañable penetración entre lo representado y el lugar en que se representa. Procesión y paisaje se funden en la misma medida en que se funden la emoción y la imagen que pasa y la emoción del pueblo que contempla. Dijérase que entre Paisaje y Arte se establece una mutua influencia hasta dar el ambiente propicio al más puro fervor religioso. La procesión, así, no es un desfile, sino una sugerencia, una predisposición, un sacudir el alma en sentimientos. Por eso mismo, si cada procesión tiene un paisaje propio, también tiene una significación propia, incluso metafísica. Mejor que procesiones, las de Granada son representaciones. Gallego Burín ha hallado una expresión exacta: “La contorsión barroca de la Piedad de la Alhambra es como el símbolo de la conversión de la Granada mora que

perdió su batalla. Y el Cristo de los gitanos, derramando su luz sobre las cuevas del Sacro Monte, es como el mensaje que nos llega de aquella primitiva Cristiandad de Granada. Y el de la Expiración que avanza quebrando su silueta sobre las platas del Genil, es el recuerdo de que, por allí, entró en Granada la Cruz primera, al cabo de ocho siglos de destierro”.

Compenetrados, homogeneizados el Arte y el Paisaje, ¿qué mejores fondos pudieran hallarse que el de los jardines de la Alhambra para enmarcar el dolor de la Virgen Santísima o el de la Carrera del Darro para sugerir la espantosa tragedia de Cristo agonizando en la Cruz?

Santa María de la Alhambra —dos veces granadina por Reina de la Alhambra y por Señora de las Angustias— descendiende de su trono de San Francisco para traernos efluvios de piedad. De una piedad triunfante sobre lo que es exclusivamente temporal y humano: sobre los pétreos sillares del Palacio de Carlos V y sobre las arcadas de la moruna Puerta de la Justicia. Es la noche cristiana de la renunciación, bajo un toldo de estrellas parpadeantes. Y, en la noche cristiana, todo se hace liturgia: el entrañable canto gregoriano que arranca el viento cuando sacude las ramas de los árboles; el palio denso de las frondosas copas; la majestad, como de Catedral, de la alameda; el aire, que se aroma en el jardín como en nubes de incienso; el tañido de plata y de cristal de la campana de la Vela; la voz ingrátida de los ruiseñores, que desgranar las más profundas de todas las saetas; el rumor de sollozos del agua que cae sobre las tazas de alabastro; las gotas que salpican el cespéd, como un hilo de lágrimas vertidas por la Madre que sufre... Y, sobre el trono de plata de la Virgen, una explosión de llamas de ciriales y de resplandores de bengalas. La oscuridad en torno de la resplandeciente imagen; el día rotundo en medio de la rotunda noche. Como la Fe, que sólo alcanza la luz de la misericordia a través de las sombras del dolor.

Y, desde San Pedro, el Cristo de la Misericordia avanza lentamente hacia Granada para traernos el mensaje escueto de una penitencia cuaresmal. Aquí, también —igual que en los jardines de la Alhambra—, todo se hace liturgia. Pero, aquí, la liturgia es muy otra. Serena, tímida, recatada y doliente, la de la Alhambra; la del Darro, concentrada, patética, arrebatada y desgarradora. No hay, en este escenario, ni arboledas que atenúen el dolor, ni jardines que perfumen el aire, ni fuentes que suavicen los sonidos. Todo es áspero, hondo, duro y penitencial. Y todo se desnuda y se aproxima, tal como si quisiera incorporarse físicamente al Drama, pero no para ser espectador, sino protagonista de un papel peculiar. Se desnuda la noche, más azul y más clara que ningún día del año; se desnuda la nieve de la Sierra, para hacerse el más

maravilloso fondo del cuadro incomparable; se desnudan la luna y las estrellas, que ya no parpadean, porque están sus miradas abortas; se desnuda la Colina Roja, a cuyas cumbres se asoman en silencio las torres de la Alhambra, tal vez estremecidas por lo que no comprenden, pero que ven con ojos abismados; se desnuda el río, para beber ávidamente la llama de los cirios y para concertar las estrofas de sus profundos salmos funerales; se desnuda el silencio —El redoble de un tambor destemplado— isócrono, espectral, inmovilizador llama al silencio y a la meditación; las agitadas luces de los cirios, como almas en vigilia y en espera, proyectan una claridad sobre las cosas, que parecen conmovirse y agitarse con los temblores del estremecimiento, y, al rumor sordo de las túnicas cuando se arrastran sobre los guijos, diríase que, con ellas, quisieran arrastrarse también nuestros pecados a los pies de la imagen. Y a lo lejos, como una ardiente llama deslumbradora que se destaca de las tinieblas —fuego que abrasa, a la vez que resplandor que ciega—, el prodigio de un Cristo que agoniza y perdona...

FINAL

Forzoso es que termine este pregón —un pregón que no ha querido serlo—, porque vuestra paciencia tiene un límite, como también lo tiene mi resistencia. No he pretendido —¿quién podrá pretenderlo?— desplegar ante vosotros la suprema emoción de la Semana Santa de Granada. Intentarlo sería como querer meter el mar en la poza que abrieron las manos del niño en las arenas de la playa. Mi palabra es una poza mínima, y la Semana Santa de Granada es un inmenso mar de tradición, de historia, de religiosidad y de belleza. No cabe describirla ni cantarla; es necesario contemplarla, admirarla y sentirla. Y, luego, enmudecer. Si en cada piedra de Jerusalén hay todo un universo de patetismo, este otro Jerusalén andaluz ofrece en cada aspecto todo un mundo de sensibilidad, definura, de gracia, de armonía y de color. Y el color, la gracia, la finura, la sensibilidad y la armonía, tan depuradamente granadinos, se incorporan aquí, de manera entrañable a la Fe para formar cuadros incomparables e indescriptibles.

Si no fuera por la mala elección del pregonero, yo diría que el idioma se endurece y el léxico se acorta para llevar a término el pregón. Porque ¿qué palabras no serían precisas para poner al descubierto el caudal de sugerencias y de intimidades que hay en cada detalle de la Semana Santa de Granada? En ella, cada procesión, cada imagen, cada escenario y hasta cada saeta tiene su encanto propio y un lenguaje inexpresable por secreto y por

íntimo. Lo tiene la incorporación plena de los paisajes orientales al ambiente oriental de la Pasión; y, así, no se hallará marco más adecuado para la Procesión de las Palmas que el Arco de Elvira, casi reencarnación —piedra a piedra— de la Puerta Dorada por la que entró Jesús en Jerusalén el Domingo de Ramos; como no se encontrará una Vía Dolorosa más realista que la del Albaicín, por la que el Cristo del Perdón y la Virgen de la Aurora ascienden lentamente, fatigosamente, agotadoramente, tal cual debieron de remontar la cima del Calvario. Lo tiene la ingenua floración de rosas místicas de las monjitas conventuales de la Carrera de Darro, que rompen una vez cada año la clausura para tender la delicada alfombra de sus saetas a los pies del Señor de la Sentencia y de la Virgen de las Maravillas. Lo tiene el vigoroso contrapunto del alma popular ante el Cristo del Consuelo, que, entre las llamaradas de las hogueras, marcha hacia el Sacro Monte por adustos senderos de chumberas y pitas. Lo tiene la gloriosa y mantenida fidelidad de la Historia de España al Cristianismo cuando, como bandera de esforzadas empresas, la Virgen del Rosario muestra la misma serena majestad con que, en la nao capitana de Don Alvaro de Bazán, contempló en Lepanto la victoria de la Cruz sobre la Media Luna...

En esa misma línea de heroísmo y la fidelidad, otra gloriosa espada nos ha devuelto el derecho a creer y el derecho a llenar nuestras calles con el sentido reverencial de nuestras procesiones. Vivimos tiempos de angustia universal en que — como Jerusalén— Cristo es vejado, ultrajado y sometido a una nueva Pasión. Muchos hermanos nuestros en la Fe sufren, como El, ultrajes y vejámenes por confesarle y por amarle. Que el dolor de esos hermanos nuestro esté presente en nuestro corazón y en nuestras plegarias en los próximos días de esta Semana Santa penitencial. Y que cuando —coronado de espinas, azotado, moribundo en lo alto de la Cruz— le sigamos entre brillo de cirios y aromas de saetas, se haga en nosotros más fuerte que nunca la suprema esperanza de un Dios que aceptó el sacrificio del Gólgota para resucitar tres días después y quedar para siempre entre nosotros. La vida pasa y las generaciones se suceden, mientras quedan reducidos a polvo los más altos castillos de la soberbia y de la incomprensión: Lo que ni pasa ni puede sucumbir es la gloria de Cristo, renovador de la Vida en la Muerte cuando, al pie de la Cruz, la más pura y excelsa de todas las mujeres ofrece los tormentos de Sus angustias por la redención y el perdón de los hombres.

PREGON DE LA SEMANA SANTA DE GRANADA

POR

JULIO MORENO DAVILA



AÑO 1955

Mis primeras palabras, de gratitud. De gratitud hacia vosotros, que habeis venido y también a esa presentación que acaba de hacer de mí, un buen amigo, que por serlo, ha extremado conmigo las galas del elogio. Yo soy hombre muy modesto, como todos vosotros sabeis y estos elogios y estas manifestaciones de afecto, me llegan muy hondo. Por eso pongo este brevísimo prólogo que expresa la gratitud que merecen las palabras de Manolo Sola, prestigio muy sólido, que es además el Alcalde de Granada y que al darme hoy su espaldarazo y saludarme en nombre de la Ciudad, trajo para mi la principal honra y la satisfacción principal, que este acto para mi tiene.

SOBRE EL VIEJO SUELO DE GRANADA

Y ahora, oíd, señoras y señores, el pregón de la Semana Santa de Granada, el año de Gracia de mil novecientos cincuenta y cinco. Mejor que pregón, yo le llamaría "loa", al modo clásico, porque loa significa alabanza y con loas declamadas, o representadas, comenzaban las viejas fiestas castellanas, incluso en las aldeas, según costumbre perdida, casi totalmente. Todavía alcancé yo, en mi juventud, en Castilla, a oír alguna de estas loas, en las fiestas de un pueblo de Salamanca. El recitador se elevó sobre el basamento de piedra de una Cruz, erigida frente a la iglesia, en el lugar donde, siglos antes, estuvo el cementerio parroquial, junto al atrio del

templo. Frente a él, se apretujaban las mozas, con sus pañuelos de colores vivos, los campesinos vestidos de paño pardo, o pana negra y en lugar preferente, en unas andas sencillas, la Virgen patrona del lugar y tras ella, el brillo de oro de las capas pluviales de los sacerdotes. El recitador decía versos, adulterados a lo largo del tiempo; versos del siglo XVII, o del XVIII, que su auditorio conocía ya, pero que siempre sonaban a cosa nueva. Yo le oía, como todos, recitar su mensaje, viejo de siglos, pensando en que el mozo espabilado asentaba sus pies en el basamento de piedra de la Cruz y que este pedestal tenía su cimiento en la tierra, en aquella tierra donde descansaban los huesos de los cristianos viejos del pueblo, esperando la resurrección. Los huesos de los que fundaron la iglesia, levantaron el castillo —ya en ruinas— o labraron las casas blasonadas del lugar y luego entregaron sus cuerpos a la tierra en el sitio mismo donde en el basamento de la Cruz, se elevaban todos los años en rapsoda, a recitar un viejo romance.

Como aquel recitador campesino, hay me levanto yo, teniendo como cimiento el suelo de Granada, asiento de civilizaciones milenarias, sedimento de historia vieja y pedestal de gloriosos recuerdos. Alzarse sobre el suelo de Granada, asentar los pies sobre esta vieja tierra, es un hecho feliz, que por sí solo basta, para prestigiar la más modesta figura. El orador se siente, sobre este cimiento, como agigantado por la historia y el presente del suelo que le soporta. De este suelo, que guarda los huesos de aquel santo Obispo Cecilio, que nos trajo, en el siglo I, el mensaje de Cristo. De este suelo, donde se levanta el relicario de la Real Capilla, en el que yacen los cuerpos de aquellos dos monarcas, para quienes la muerte fué descanso de un incansable afán militante. De esta tierra firme de Granada, en la que los pasos de un navegante visionario trazaron arabescos de inquietud, hasta que se firmaron, en el Real de Santa Fe, las Capitulaciones que hacían posible el nacimiento futuro de veintidós naciones hispánicas, hoy repartidas por un mundo nuevo

Poco importa que la voz del orador sea débil, o vacile. Por ella se expresa hoy el prestigio secular de esta ciudad, rica en bellezas y en saberes. Granada, que es oriente y occidente, que fué ibérica y romana y bizantina y visigótica y árabe, ocupada siempre en altos afanes, se dispone a anudar, en el año mil novecientos cincuenta y cinco, un eslabón más, en una larga cadena, al iniciar, con un pobre pregón, las solemnes fiestas cristianas de su Semana Santa.

I

LA FE DE GRANADA

Hubo un tiempo en el que Granada no fué cruce de caminos, entre oriente y occidente. Aquel tiempo en que el Mediterráneo era corazón de un Imperio y el mundo tenía un centro, que era Roma y se podía hablar, con certeza geográfica, de oriente y de occidente. En el extremo del occidente de entonces, barruntando el Mar Tenebroso, pero orientada en el Mar Latino, Ilíberis, culta ciudad de una provincia romana, se enorgullecía de un foro, erigido entonces en la actual placeta de San Nicolás. Cerca de Ilíberis, la vieja Acci—actual Guadix— vivía en paz el orgullo de sus templos y de su cultura. Las calzadas romanas ligaban a todos los pueblos del Imperio, los sagaces gobernadores mantenían la paz, las legiones montaban guardia y los hombres de leyes se afanaban, cada día, en la gran creación romana del Derecho.

PABLO, MEDICO DE HISPANIA

¿Pasó acaso por estas dos ciudades un peregrino extraño, humildemente vestido, que sabía ganar el sustento con el trabajo de sus manos y que perseguía la conquista de las almas, por todas las tierras del Imperio? Un viejo libro apócrifo del siglo I nos cuenta que, hallándose Pablo en oración, se le apareció el mismo Señor que otro día surgiera ante él, en el camino de Damasco y le dijo: “Levántate Pablo: preséntate a los que están en España y sé su médico”. El libro se extiende en ponderar el dolor de los cristianos de Roma, durante la ausencia de Pablo, que visitaba tierras de España, después de recorrer las de Palestina, las del Asia Menor, las de Grecia... ¿Pasó acaso Pablo por Acci, y por Ilíberis? Nadie lo sabe hoy, porque nadie recogió la historia del caminar afanoso de aquel peregrino por nuestro suelo. Sabemos, ciertamente, que cuando Pablo regresó a Roma y Pedro y Pablo trataron de evangelizar España, enviaron a un puñado de varones apostólicos, para que comenzasen su tarea, precisamente por tierras de Granada, acaso por que eran las que Pablo hubiera conocido.

Con los Varones apostólicos, nos llegó la nueva Fe, en los días del amanecer cristiano. Sin ellos, no sabríamos explicar hoy la piedad de Granada, en la Semana Santa, en el Corpus, o en el día de la Virgen de las Angustias. Es cierto que la fe granadina

fué resembrada en esta tierra, por los hombres de la Reconquista, pero los caballeros cristianos, que entonces llegaron del norte, vinieron a tierra ya bautizada, que no en vano había podido escribir el santo obispo de Lyon, Ireneo, en el año 180, que era grande entonces la prosperidad de las Iglesias de Iberia. Acci no celebraba ya en tiempos de Ireneo, con el viejo esplendor las fiestas de Júpiter y de Mercurio, como en la fecha en que los Varones apostólicos llegaron, por vez primera, a la ciudad. Los siete mensajeros, llegados a Acci, fueron pronto cabeza de otras tantas iglesias cristianas, entre ellas la de Ilíberis, fundada por Cecilio, cimientó primero de nuestra fe.

Fruto de esta primera semilla, cuando termina el siglo tercero, ya se pueden reunir en Ilíberis un quince de mayo, cuando ríe la primavera, —cuando nadie ha podido soñar con que algún día se eleve un palacio oriental en lo alto de la Colina Roja, hoy pedestal de la Alhambra—, diecinueve obispos y veinticuatro presbíteros, pertenecientes a cinco provincias eclesiásticas, presididos por el prelado de Acci.

El Concilio de Ilíberis, o de Elvira, el primero le los provinciales de que el mundo cristiano conserva actas escritas, inicia sus sesiones sobre el firme cimiento de una cristiandad probada en las persecuciones, de rígidas costumbres intransigentes, tanto, que andando los siglos habrá quien dude de la ortodoxia, de aquellos padres conciliadores, tremendamente severos en castigar, incluso de por vida, los mas grandes pecados.

El catálogo de los obispos de Elvira no ha de romperse ya nunca. La imaginación de los pintores habrá inventado los rostros en los cuadros del salón del Episcopologio de nuestro Palacio Arzobispal, pero los nombres y los datos del viejo Catálogo, son testimonio de una cadena ininterrumpida, cuyos eslabones nos atan a la fe. Una cadena que comienza en el siglo I, con Cecilio y marcha ahora, en el siglo XX, por Rafael.

GRANADA ILUSION DE ESPAÑA

Los soldados cristianos de los Reyes Católicos venían a Granada a recobrar lo suyo, a por lo que fué de Cristo desde los tiempos apostólicos; en tiempos de persecución, como en horas de paz; en etapas de esplendor cristiano, como en otros, en las que la cristiandad vivió en nuestro suelo, como ahora vive tras el "telón de acero" la Iglesia del Silencio. Por ello, llegó con los soldados aquel Arzobispo, que se mezcló con las tropas que iban a tomar posesión de la Alcazaba, para subir, afanosamente, con los

hombres de armas por la escalera difícil de la Torre de la Vela y aquella mañana del 2 de enero de 1492, elevar su cruz pastoral sobre la ciudad blanca, para que la adorasen los reyes y las damas, y los capitanes y los soldados... y los cristianos ocultos que vivían en la ciudad y los esclavos liberados aquel día en el campo de los Mártires y hasta los futuros cristianos nuevos de esta vieja tierra: aquellos que al conocer al primer arzobispo granadino, Fray Hernando de Talavera, le llamaron el Santo Alfaquí.

La atención de España se derramó entonces hacia Granada. La España castiza, austera, tenaz y militantes de la Reconquista, soñó con la ciudad blanca, como una novia. Los pastores de Lope de Vega, en una letrilla campesina, dijeron con falsa rusticidad:

“...abajemos a Granada,
que se suena que es ganada.”

Sobre el solar de las mezquitas, o en otros lugares, se mostró el afán febril de los conquistadores por ganar el tiempo perdido, porque no pareciese que habían pasado siete siglos, sin el afán de Cristo, en Granada, porque surgieron iglesias, capillas, conventos, retablos, tallas, cuadros, cofradías... Este afán apremiante no ha cesado aún. Hay cofradías modernas, que adoran imágenes seculares y viejas corporaciones piadosas, que enriquecen sus tesoros con modernas joyas, ofrendadas a sus advocaciones. Si una vez cada año el aire de la ciudad renueva los gritos de los reyes de armas y de los caballeros, que gritaron: ¡Granada por los ínclitos Reyes Católicos!, cada día, con empeño tenaz e incansable, desde la hora de la Reconquista, suena en las almas el clamor de emulación y de celo piadoso que a todo quiere, competir, gritando: ¡Granada por el Cristo condenado a muerte! ¡Granada por el Hijo del Carpintero de Nazareth! ¡Granada por Aquel a quien predicó Cecilio, el directo enviado de Pedro y Pablo! Por Aquel a quien representa la talla maravillosa del Cristo del Silencio, que estos días baja del Albaicín a la ciudad! (Grandes aplausos.)

II

FERVOR Y TURISMO

En la Semana Santa granadina, permitidme que os diga que hay solo una cosa innecesaria, un aditamento banal, hecho de curiosidad —que muchas veces no es religiosa— y este algo es el turismo. Nuestra ciudad fué siempre turística, durante todo el año y durante todos los tiempos, los mismos cuando venían a contem-

plarla los musulmanes desde los desiertos de Africa, en los tiempos de su esplendor árabe, que ahora, cuando viajeros de todo el mundo, se llegan a ella, cada día. Pero las fiestas religiosas de la Semana Santa nada tienen que ver con el turismo, ni con el comercio, ni con ajenas presencias y lo mismo, o mejor, las celebraríamos en la recatada intimidad de una Granada sin huéspedes. La Semana Santa sólo tiene su fuente en emociones religiosas, expresadas, en cada lugar, con arreglo a un modo de ser peculiar y distinto.

Hay ciudades que danzan ante el Santísimo Sacramento y hay ciudades que, ante la Hostia, no osan levantar los ojos del suelo. Hay ciudades que gritan, aplauden y vitorean a las imágenes, como lo hace nuestro pueblo con su Patrona y hay otras que las honran externamente, tan sólo, con un saludo ceremonioso. Como cada país tiene su idioma, cada nación y cada pueblo tiene su alma y su genio propio y cada uno de ellos expresa, a su manera, la piedad, la devoción, la alegría y la fe.

Aquel hombre maravilloso, que escribió la "Imitación de Cristo", el libro atribuido durante mucho tiempo a Tomás de Kempis, que probablemente no pasó de ser uno de sus copistas, nos habló ya de que "muchos corren a diversos lugares, para ver las reliquias de los santos; se maravillan de oír sus hechos, miran los grandes edificios de los templos y besan los sagrados huesos, envueltos en oro y seda". Y se cuida de añadir: "Muchas veces los hombres hacen estas visitas por la novedad y la curiosidad de ver cosas que no han visto y así, sacan muy poco fruto de enmienda, mayormente cuando andan con livianidad, de una parte a otra, sin contrición verdadera".

Estas palabras que nos vienen de la Edad Media y que tan bien cuadran a muchas manifestaciones del moderno turismo devoto, que no siempre es peregrinación verdadera, nos llaman a meditar, en los días de la Semana Santa, sobre el afán de muchos que vienen a contemplar nuestra Semana mayor por curiosidad, o por novelería y no por afán de unirse a la manifestación externa del fervor granadino, ante los misterios de la Pasión.

CATEQUESIS Y APOLOGETICA EN LA CALLE

Granada adorna su Semana Santa, agobiada de visitantes, exactamente igual que lo haría sola, sin turistas, ni curiosos, ni viajeros, ni peregrinos. Lo hace a su manera señorial, lo hace en armonía con lo que exige su gusto de ciudad artística y cristiana. Granada pone todas sus bellezas a contribución en las jornadas de estos días santos, lo mismo que una dama puede ofrendar sus joyas,

para contribuir a una gran empresa. La ciudad hace catequesis y apologética en sus calles. Esos cuadros, vividos por la ingenuidad emocionada de las muchedumbres, se encuadran en el esplendor primaveral de un amanecer, sobre el cerro de San Miguel el Alto, cuando llega allí el cortejo procesional del Vía Crucis del Albaycín; o se adornan con brillo de bengalas multicolores, en el paso por el Puente del Genil del Santísimo Cristo de la Expiración; o en el bosque, los palacios y las fortalezas morunas, ante la Virgen de la Alhambra; o se tiñen, con los rojos destellos de las hogueras, que levantan sus llamaradas entre los chumberales del Valle del Paraiso, cuando el Cristo del Consuelo vá camino del Sacro Monte, en la noche; o prestan la armonía de las callejuelas blancas o de las ruas bajas y modernas, para que por ellas desfilen el Silencio, el Santo Entierro, la Santa Cena, y en suma, las procesiones todas. Y no es porque queramos regalar el gusto estético de los turistas, ofreciéndoles espectáculos de gran belleza plástica. Es que queremos que nuestro pueblo viva intensamente el drama de la Pasión y se lo representamos como algo vivo y actual, en el marco de nuestros paisajes familiares. Y queremos hacer ofrenda de estos paisajes al Señor que nos los dió, como una remota y minúscula compensación por aquella inmensa generosidad con que Cristo se entregó por los hombres, por estos hombres, a veces tan olvidados de El. Todo esto, que no busca afectos humanos, sino la gloria de Dios, recibe como añadidura el premio de esas bellezas logradas, que han hecho a nuestra Semana Santa famosa entre los hombres, mientras Granada pretende, solamente, que sea grata a los ojos de Dios. De aquel Dios, que sufrió como se nos muestra en la Imagen del Rescate, o en la de Nuestro Padre Jesús de la Sentencia.

Quien así no entienda la Semana Santa granadina, peca contra Granada y contra la santidad de estos días. Quien vea en el conjunto de esfuerzos y trabajos de estas jornadas tan sólo un obsequio fervoroso, tan sólo —como ahora se dice— un “acto de servicio” cristiano, sirve a Dios y sirve a Granada, en paz y en gracia de Dios.

III

F E R E A L I S T A

Un hombre relevante de nuestro tiempo dijo que la fe española es realista, tanto, que el pueblo llega a poner de espaldas en su hornacina a la imagen del santo que tarda en oír su ruego. Este realismo piadoso, que tan bien se concierta con la moderna co-

rrientes católicas, en orden a la exégesis de los textos evangélicos y al estudio devoto, pero realista, de Cristo, Dios y Hombre, pide que las imágenes católicas salgan a las calles precisamente en estos días, que enfrenten sus rostros tallados con nuestros ojos y que con el asombroso realismo que pusieron en ellas las gubias de nuestros escultores, calen hasta los más hondo del alma del pueblo y le emocionen y le hagan derramar lágrimas auténticas, que no broten por impulso de una emoción artística, sino del dolor cristiano.

EL PUEBLO VIVE LA PASION

Nuestro pueblo, para empaparse en la tragedia del Golgotha, para percibir los más agudos matices del dolor de la Madre, para admirar la majestad, la mansedumbre y la entereza, de Cristo acosado y perseguido, no acude a sermones, relatos ni lecturas. ¿Quiere ver! Quiere que entre en sus ojos la imagen realista del Cristo que sufre; de la Madre que llora, del apóstol que se ha dormido, como en el paso de la Oración en el Huerto; del sayón que se burla de Jesús como en el paso del Cristo de la Humildad; del soldado romano que camina indiferente, sólo preocupado de su arrogancia castrense; del Pilatos que se lava las manos... Todo esto es más que asistir a un "miserere", que oír un sermón, o que estar en el ejercicio de Tinieblas, que al fin y al cabo es también realismo litúrgico, aunque mucho menos expresivo de lo que pide un alma española.

Nuestro pueblo español no gusta de síntesis oratorias, ni de evocaciones imprecisas, ni de arte abstracto, ni de altares sin imágenes. Quiere Soledades agobiadas por la pena, por cuyo rostro corran lágrimas que brillen como las verdaderas, como en la imagen famosa, de Mena, de nuestra Iglesia de Santa Paula; quiere Cristos atados a la columna, en cuyas espaldas haya dejado ya el látigo de los verdugos su traza sangrienta, como el de Nuestro Padre Jesús del Perdón; quiere contemplar los rostros de los apóstoles en torno a Cristo, en el ágape Cristiano de la Santa Cena y desea saber, concretamente, cuál de aquellos hombres es Judas, para dedicarle una mirada de desprecio y cual es Pedro, para sonreírle y cual es Juan par envidiarle... El pueblo granadino no sabe la Pasión porque se la hayan contado en la catequesis, ni porque la haya aprendido en la escuela. La conoce, en todos sus detalles, porque "la ha visto", porque ha sido testigo de ella, por que la contempló en las calles y las plazas y en los jardines de su ciudad. Pudiéramos decir que la conoce porque, paso a paso, la ha vivido. ¡Paso a paso!; "Pasos" llamamos a las escenas que desfilan ante nosotros (gran ovación que interrumpe al orador).

La procesión más española de todas, por ser la más realista, es esa de la Soledad y el Descendimiento, que va por las calles de

Granada, en la que, tras de la Imagen de Cristo muerto, no desfilan imágenes de madera, sino hombres y mujeres de carne y hueso, convenientemente ataviados, que personifican a quienes debieron acompañar al Cuerpo de Jesús hacia el sepulcro, Del mismo modo que los soldados romanos del cortejo del Santo Sepulcro son trasuntos de los que prendieron a Jesús.

REALISMO DEVOTO

Si otros católicos del mundo no celebraran así la Semana Santa, sino en el silencio, en el recogimiento, o en el fervor callado, sin duda hacen bien. Ese es su propio lenguaje. Nosotros hemos de expresarnos con el nuestro, hemos de dar vida a las escenas redentoras de la Pasión, de tal modo que parezcan auténticas, sirviéndonos de las tallas insuperables de nuestros imagineros y poniéndolas como marco amaneceres, calles verdaderas, silencios reales, luminarias que traten de simular los destellos de la gloria, tinieblas, temores y todo lo que en nuestra mano esté para servir a nuestro fervor realista.

El plasticismo de nuestra Semana Santa no es un capricho, ni una moda, ni un alarde. Antes que nuestras procesiones de hoy los españoles contemplaron en los atrios de las iglesias, o en los mismos templos, aquellos "misterios" medievales de la Pasión, en los que intervenían personajes de carne y hueso. Y luego, en los autos sacramentales, nuestros autores sirvieron al ansia realista de nuestro pueblo, que no se contenta con que los predicadores le digan que hay Fe y Esperanza y Caridad, sino que quiere ver y oír a estas virtudes, personificadas y que dialoguen, si a mano viene, con Salomón, o con el Rey Baltasar, o con el profeta Isaías, como ocurre, cada dos por tres, en nuestros autos sacramentales. Y no me digais que no son realistas esas Vírgenes rodeadas de joyas y luces, como la del Amor y del Trabajo, la del Rosario, la de los Dolores, o la de la Esperanza, bajo ricos palios con varaes de plata, que no evocan el duro realismo de las horas de la Pasión, porque nuestro pueblo, que se siente espectador del gran drama ¿cómo va a consentir él, que María Santísima, reina y Madre, no vaya vestida de reina y honrada como tal, por encima de la crueldad inhumana de todos los escribas y fariseos del mundo, (Ovación).

Si alguien os dice que en las dos apoteosis que hacen culminar la procesión de la Virgen de la Alhambra existe un alarde de difícil explicación litúrgica, invítadle a que os diga que es la liturgia, en la vida de la Iglesia. Las imágenes, los retablos, las velas, las ricas vestiduras de los sacerdotes, las preces rituales y la música, no obedecen a impulso distinto del afán que se pone en Granada, por convertir la puerta moruna de la Justicia de la Alhambra en

un retablo, en un gigante y rico altar, que se viste de luz y que ofrenda todo esto a una imagen de Nuestra Señora, abatida al pie de la Cruz, donde su hijo ha muerto. Liturgia, aunque no sea ritual, es la aparición de la misma Virgen sobre Granada, en los adarves de la Alhambra y liturgia el afán con que cualquier gitano echa leña a la gigante hoguera, que refleja sus destellos rojos en las carnes del Cristo color de hostia, que sube hacia la Abadía Sacromontana. ¿Cómo podrían lucir tan sólo en el valle del Dauro débiles llamitas de cera? ¿Y qué lumbre podrá ser digno homenaje para la gloria de Aquel, a quien los teólogos llamaron Padre de las Lumbres?

IV

GRANADA ANTE EL CRISTO DE FAVORES

Se os decía el año pasado y ha de repetirse este, porque ninguna ciudad de España y acaso del mundo, puede presentar un ejemplo parejo: la Semana Santa de Granada culmina en la presencia de la ciudad, a las tres de la tarde del Viernes Santo, ante el Cristo de los Favores. ¿Qué hay el Viernes Santo ante ese Cristo? —podría preguntar un forastero—. ¿Una procesión? ¿Un acto litúrgico? Pues no. Ni una procesión, ni un acto litúrgico, aunque en él culminen las procesiones y las solemnidades de estos días santos.

Si se me permite una opinión —mantenida ya con la pluma hace muchos años— yo pediría que el acto de presencia impresionante de Granada ante el Cristo de los Favores no se adicionase, ni se adornase, ni se pretendiese completar, con nada. Todo lo que se quiera poner en él, antes o después de la plegaria colectiva, resultará —por contraste— insuficiente y hasta ramplón. Las gentes se van, porque todo terminó con el rezo de los tres credos y la formulación de las tres peticiones, que son su piadoso aliciente. A pesar de su distinto significado, yo me atrevería a comparar la plegaria colectiva de Granada, la tarde del Viernes Santo, ante el Cristo de los Favores, con aquella presencia entusiasta de la multitud, en torno al Cristo vivo, el domingo de Ramos, evocada entre nosotros por el cortejo de la Entrada de Jesús en Jerusalén. El domingo de Ramos fué en la vida de Cristo, una apoteosis triunfal. El Viernes Santo es la jornada del dolor, del desaliento, de la aparente derrota y de la fuga de los Apóstoles. En la mente de los discípulos aquel domingo de Ramos en Jerusalén fué la gran ocasión, —según ellos

perdida— para coronar a Cristo, como Rey de Israel. A los ojos de los mismos discípulos, el Viernes Santo es la fecha de la derrota, de la esperanza truncada y de la dispersión.

MULTITUD SIN DIRECTORES, NI OFICIANTES

Pero hay un factor común en ambas jornadas y es la presencia de la multitud, en torno a Cristo, sin directores, sin oficiantes, sin sacerdotes, sin una organización prevista, sin anuncios y sin ordenanzas. Cristo no ha llamado a nadie; va en su borriquilla hacia la ciudad y el pueblo acude, con asombrosa espontaneidad, como un río que rompe su cauce de todos los días, o como un gas a presión que quiebra su recipiente. Cristo no ha convocado a nadie, pero vienen todos, con tal ímpetu, que el Salvador mismo puede volver a decir que si ellos no le aclamasen, le aclamarían las piedras.

El Viernes Santo de Granada, la ciudad entera acude, sin llamamientos, sin convocatorias, sin oficiantes, sin directores, pudiéramos decir que sin pies ni cabeza, con un sentido de auténtica multitud, de masa, de río que se desborda, o de gas que se expande, para hacer acto de presente, frente a Cristo Crucificado.

Tiene este acto un sentido más hondo, más trascendente, del que pudiera vérsese en la eterna apariencia. Pensando a lo humano, podemos imaginar que, en su trono de gloria, donde reina sobre los siglos, acaso no haya acto alguno, de los que el mundo católico celebra en la Semana Santa, que sea más grato a los ojos de Cristo, Dios y Hombre, que la presencia granadina, a las tres de la tarde del Viernes en el Campo del Príncipe. Porque ello parece divinamente discurrido, para ofrendar una compensación entrañable, que trata de desagrar al Crucificado y compensarlo de la soledad y el abandono que sufrió, en tal día como este, cuando pendía de la Cruz, en Jerusalén.

GRANADA ACOMPAÑA A CRISTO ABANDONADO

Aquel Viernes histórico, Cristo estuvo solo. No ya la muchedumbre, que pocos días antes le había aclamado, sino hasta los discípulos que parecían más fieles, le abandonaron. Uno de los doce le vendió, otro le negó. Aquellos hombres, que al salir de Galilea vencían sus negros presagios y al no poder disuadir a su Maestro del viaje, gritaban: “¡Vayamos a Jerusalén y muramos con El!”, han perdido su entusiasmo, e incluso han visto decaer el valor que movió el rudo brazo de Pedro, para esgrimir la espada, en el Huerto de Getsemaní. Sólo uno de los doce, Juan —que no era un mancebito tímido, como lo representan los pintores, sino un recio pescador

impetuoso, a quien el Señor llamaba "Hijo del Trueno" como a su hermano Santiago... estaba junto a la Madre dolorosa y a unas pocas mujeres, en el Calvario. A la madre y a las mujeres fieles las protegía su condición femenina. El respeto ajeno al dolor de ellas, protegía a Juan. Eran un núcleo minúsculo y doloroso, apenas perceptible, entre la chusma, contenida por los soldados. Prácticamente, Cristo estaba solo, estaba abandonado de los suyos, era el Varón de los dolores predicho por Isaías y por eso pudo comenzar a recitar desde la Cruz, el salmo profético de David, que comienza con estas palabras: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Y hay una ciudad en el mundo, que quiere compensar a Cristo de este abandono, en el mismo día y a la misma hora, en que se recuerda su soledad, cuando las iglesias se desnudan de ornamentos, cuando se derriban los candelabros en los altares, cuando los templos se cierran y se consumen las especies sacramentales. ¡Precisamente en el momento de suprema tristeza y supremo abandono del Salvador, en el Calvario! Granada quiere acompañarle, quiere hacerle olvidar la amarga soledad de su pasión, quiere estar a su lado, sin chirimías y sin banderas, sin aparato externo de cirios, o de atavios penitenciales. En la fecha en que Cristo estuvo solo, en la hora en que no tenía ni donde reclinar la cabeza, en el supremo instante de su tránsito, en el de su aparente derrota, en el de su máximo abandono, hay una ciudad del mundo que quiere estar con Cristo, que quiere compensarle de su hora más amarga. Y que le compensa, sin aparato exterior alguno, con el sencillo rezo de tres credos, que se dicen puntualmente, cuando un clarín da la señal. ¡Miles de credos, que vuelan hacia la Imagen de piedra y hacia Aquel que está vestido de gloria, en la Eterna Luz! Y que parece clamar diciendo:

—Señor: Estás solo en Jerusalén. Los tuyos te abandonaron; los que te aclamaron antes, hoy te cubren de injurias, los que te siguieron fielmente, hoy buscan el cobijo oculto. Granada viene a tí, en esta hora. Y te acompaña, cuando nadie lo hace, al pie de tu Cruz, en la hora de tu mayor soledad. Granada está a tus piés, repitiendo, no una oración cualquiera, sino aquella que es llamada símbolo de la Fe. Cuando la fe de todos flaquea, la nuestra vive. Cuando tus discípulos huyen o desconfían de tus promesas, nosotros creemos. La crucifixión es la hora de la Fe, más que de ninguna otra virtud. Acaso, en el Golgotha, es María el único ser, que al verte expirar no pierde la fe íntegra y plena que puso en tí. Y ahora, somos ya, María y Granada. La Madre y un fervoroso puñado de hijos. Y no es solamente Juan, el discípulo amado, quien te compensa de la soledad y del abandono. Juan y Granada, que está aquí en el Campo del Príncipe, y que sin que nadie la haya convocado, sin ningún requerimiento especial, viene a fundir una suma de fer-

vores individuales, en este acto de fe colectivo, que se encauza por las categóricas palabras del Credo, esas palabras que son como espadas y no dejan entre sí resquicio para una sola confusión. (Gran ovación).

«HCIENDO COMPAÑIA» A JESUS

Granada lo afirma todo, lo dice todo, en los tres credos rezados, no antes, ni después, sino precisamente en la hora misma en que Cristo aceptó la muerte, para asemejarse más a los hombres y sufrir por ellos el castigo que todos merecieron, aunque El no no pudo merecerlo. Los tres credos, engarzados en tres peticiones, porque Aquel que cuelga de tres clavos nos enseñó a importunarle con palabras que no pueden faltarnos: “Pedid y se os dará. Pedid y recibireis...” Y porque, además de pedir, en esa hora Granada hace algo que puede expresarse en una frase sencilla y familiar. Granada va al campo del Príncipe, en la hora de la muerte de Cristo, para “hacerle compañía”.

Sobran los aditamentos, las alocuciones, el deseo, bien intencionado, de revestir o adornar de algún modo, el acto del Cristo de los Favores. La muchedumbre no atiende más que a los tres credos, en la hora misma que evoca la muerte de Cristo y luego se va. ¿Qué otra cosa podrá satisfacerla? ¿A qué otra cosa podrá convidársela? ¿Con qué otro aliciente mayor se la podrá retener?

Hacer compañía a Cristo siempre es grato. Los Evangelios nos hablan del fervor de las multitudes, cuando Cristo predicaba, o hacía milagros, o podía pensarse en que iba a ser coronado Rey. Pero los Evangelios dicen de que la multitud se apartó de Cristo, cuando estuvo preso, fué objeto de burlas, de agravios y de penitencia. Cuando era como un despojo de carne herida, que presentía la muerte. Cuando no tenía amigos y hubo que echar mano de un campesino, que iba de paso, para que le ayudase a llevar el madero en que iba a ser clavado. Cuando no quedaban a su lado sino su Madre y unas mujeres y un joven pescador, del mar de Galilea. Sólo ellos, entonces. Y ahora, también una ciudad: Granada.

Querámoslo o no, el acto del Campo del Príncipe comienza con el rezo del primer Credo y termina con el tercero de ellos. Remate de él será el Cortejo de Jesús de la Humildad, pero esto ya es cosa distinta y posterior.

El instante de la soledad de Cristo pasó ya y con él la honda significación de esta presencia de una ciudad entera, silenciosa, con las rodillas en tierra y la oración de la fe en los labios, reunida en una gran plaza, en la cual —ni siquiera con simetría urbanística— se eleva un Cristo blanco, tallado de piedra, agonizante.

ORACION Y SILENCIO EN LA MUCHEDUMBRE

Aún mirando tan sólo al hábito externo del acto, no hay pluma capaz de describirlo. El Campo del Príncipe es un lugar excéntrico, de barriada, con accesos difíciles, con pobre urbanización y suelo desigual. Ni siquiera tiene, desde todos los lugares de la plaza, una buena visibilidad para la Imagen. Nada de esto es necesario para que esa muchedumbre, que cree en el Crucificado, venga a confesar su fe, al evocar la hora más triste, de la Pasión.

Todos los años vemos llegar a esta muchedumbre, en pocos minutos. Muchos han anticipado la hora de su comida, para llegar a tiempo, en un día en que no hay transportes comunitarios, ni marchan los vehículos particulares por las calles. La heterogeneidad de los que acuden no puede describirse. Van el gitano que se guarece en un covarrón y la chica estilizada y ágil; el estudiante de aire deportivo y la viejecita encogida y humilde. El trabajador y el maestrante; la portera y el aristócrata; el pobre y el rico y también el bueno y el malo, el publicano y el cristiano fiel y hasta el fariseo, que también puede oír la oculta llamada, que Dios hace a la ciudad en esta hora. En torno a la Imagen de piedra, se va agrandando, por minutos, el grupo de los que llegan, que pronto es una masa oscura, que llena la plaza. Cuando parece que el Campo está colmado, las bocacalles siguen volcando en él un caudal de gente, tan grande como lo consiente su propia capacidad. La muchedumbre se aprieta y emplazada frente al Cristo, parece fundida en una pieza y es como un ejército silencioso, que aguarda su hora.

A las tres en punto, suena el clarín. Segundos antes, la multitud ha comenzado a arrodillarse y al oír la señal, miles y miles de granadinos inician su rezo en silencio.

¡En silencio! Ninguno de vosotros sabe como es ese silencio apretado y sublime, que se abate sobre la plaza, mientras que Granada reza los tres Credos! Ninguno lo sabeis, aunque habeis estado allí, acaso todos los años de vuestra vida. Ninguno lo sabeis, porque no quedó en vuestra atención hueco para percibirlo, porque vuestra mente estaba prendida en el rezo y en la petición de las tres gracias y ninguno hubiera cambiado esto, por ir a la caza de emociones estéticas. Oídmelo a mí, que el primer año en que era todavía forastero en Granada, cuando concurrí el Viernes Santo, a las tres de la tarde, al Campo del Príncipe, no recé los tres Credos, porque —estupefacto y asombrado— no quedó en mi asombro de espectador voluntad bastante para hacerlo. Yo percibí ese silencio que no se puede describir, abatido sobre las cabezas inclinadas de la multitud orante. En contraste con él, se oye más lejos, el rumor de los

que llegan tarde, de los que pugnan por apresurarse y no pueden hacerlo, porque las callejuelas atoradas no permiten ya más devotos. Rumor lejano de los que se afanan por llegar y silencio asombroso en los miles y miles de orantes. Y esto durante un minuto, que para el que reza es como si no existiese y para el que solamente observa, pasa como un tiempo largo, y macizo. Al que observa, le corren escalofrios de emoción, le asoman las lágrimas a los ojos, le parece que vá a asistir a aquel instante en que el velo del Templo se rasgó y se nubló el sol y tronaron los cielos y tembló la tierra, y muchos muertos salieron de sus sepulcros.

Pero esta angustiosa sensación se desenlaza en que las gentes se santiguan y comienzan a ponerse en pie y los hombres se cubren. Algunos prosiguen su rezo, mientras que otros buscan camino para regresar... Hay quienes llegan y oran con retraso. La muchedumbre pierde aquella maravillosa unidad de alma y de palabra, que tenía tan solo unos minutos antes. Y la inmensa plaza se va quedando vacía. Yo lo advertí todo, lo percibí todo, una vez tan solo. Porque al año siguiente, ya no era un forastero en Granada y ya no fui a la gran plaza a ver, ni a oír, sino a rezar los tres credos, abstraído de todo lo que no fuese orar evocando la muerte de Cristo. Supongo que siempre habrá sido como aquella primera vez. Pero lo que interesa de un fruto es su pulpa y no su cáscara. Al acto de piedad y de fe que da Granada el Viernes Santo, ante el Cristo de los Favores, no se va a contemplar la muchedumbre, ni a ponderar su compostura exterior, ni a percibir el silencio próximo, ni los clamores lejanos, ni la apariencia abrumadora de los miles de seres puestos de hinojos. La entraña de esta solemnidad es la que ya dije. Granada ofrece a Cristo, en tal día como ese, una compensación por la soledad que Cristo padeció en el Calvario. El acto es un sencillo "aquí estamos", sin jactancia, ni pretensión alguna, como el de María, como el de que piadosas acompañantes, o el de Juan. Cristo muere y están con él, para que no sea absoluta su soledad, María y Granada, las santas mujeres y Granada. Juan y Granada. Ellos en el Calvario, donde Cristo agoniza. Granada, frente al Cristo de los Favores, en apretada masa, que se encierra en el gigante cuadrilátero del Campo del Príncipe. (Prolongados aplausos).

NI PAISAJE, NI ARTE, NI RIQUEZA

Por eso, la Semana Santa de Granada, rica en perspectivas de paisajes, pródiga en fervores, henchida de prodigios de arte, en sus maravillosas imágenes, solamente en su liturgia, vestida de juegos de luz, de esplendores externos y de solemnidades procesionales, culmina en un acto en que falta todo eso, porque ni encierra perspectivas de paisaje, ni juegos de luz, ni frutos del genio de los

imagineros, ni cortejos, ni ritos, ni liturgia. Pero ningún acto hay "tan de Semana Santa" como este. Nada tan delicado, ni tan entrañable, como este afán de los granadinos, mostrándose, en acto colectivo de presencia, para acompañar a Cristo en su soledad, Cuando Cristo muere.

V

AMANECER DEL ALBAYCIN

Desde la cumbre del Mulhacén yo he visto alzarse el sol, como un globo de fuego, surgiendo de las aguas azules del Mediterráneo, y también le he visto nacer, con el día, mientras una procesión que no veo anunciada este año en el programa, sube por las duras cuestas del Cerro de San Miguel, mientras las estrellas, que asistieron al paso del cortejo, van palideciendo por el oriente, y el cortejo inicia la dura cuesta del Cerro tachonada de pencas y covarrones. Del oriente nos vino la Fe. Del oriente nos viene, cada día, la luz. Con las luces del día, el paisaje de Granada se va agrandando. Parpadean las estrellas, al despedirse, como si fuesen el reflejo de las luces, todavía encendidas, de la ciudad y del Albaycín, que vistos desde allí son una cosa y a la vez cosa distinta. Estamos más altos que las torres de la Alhambra y vemos que las cumbres de la Sierra —de la inmensa Sierra cubierta de nieve— se tiñen de rojo y luego se visten de oro. Todavía hay tinieblas en la Vega, porque la noche se refugia en ella, cuando la luz la ahuyenta de las alturas. Redoblan los tambores. Se fatigan los cofrades de las andas, en la dura cuesta. La luz del día riñe y gana su batalla diaria y va borrando las estrellas del cielo. En los cármenes del barrio de San Luis ya hay rosas y lirios y frutales en flor y jazmines y por las callejuelas corre la gente, para ver dos veces la procesión. De las cuevas salen sus moradores. El reflejo de oro que destellaba en la Sierra llega, por fin, a las torres de la Alhambra. Todavía no luce el día claro en la Vega y ya las dos torres gemelas de la Alcazaba destellan por su muro de poniente, como una áurea joya bruñida. Y enseguida llegan los rayos del sol a la ermitilla del Santo y entonces parecen de plata las corazas de los soldados romanos, que jadean, por la cuesta arriba. Y ya se ve la maravilla, la bendición de Dios, del paisaje inmenso, que va desde las montañas blancas de Sierra Nevada, hasta las montañas azules de Alhama, o de Loja y deja ver la maravilla del caserío de Granada y del Albaycín a nuestros pies, derrumbándose hacia la Vega, en la que los tonos verdes de la primavera esmaltados de pueblecitos blancos triunfan y se extienden

hasta los secanos del Temple. La procesión que comenzó en las nieblas de una noche, que recordaban las de aquella terrible vela del Pretorio, barrunta ya esplendores, que más adelante habrán de anunciar la Resurrección. Cuando los penitentes y los devotos y los soldados romanos, regresan, el día triunfa, radiante, sobre uno de los dos panoramas más bellos del mundo. Y si Granada lo tiene ¿qué otra cosa puede hacer que ofrecerlo al Señor que se lo dió y ponerlo como remate del cortejo procesional que los años en que sube la cuesta, se encierra en la ermita?

TODO PARA DIOS

Nada de lo que a Dios ofrecemos es nuestro, porque de él lo hemos recibido todo —nos advierte la severa administración de los moralistas. Pero hay quien toma sus talentos y los entierra, como aquel siervo perezoso y mezquino, a quien su señor reprendió ásperamente y condenó por la roma estrechez de su criterio. Granada no entierra, ni cubre, ni vela, durante el esplendor de su Semana Santa sus bellezas de arte, de historia, o de paisaje, que debe a Dios. Granada no las oculta, ni las guarda, para las fiestas profanas de otros días. Su cielo es dosel inigualado para sus procesiones. Su suelo es alfombra, que tiende ante sus cortejos. Sus parques y sus palacios son retablo para las imágenes que sus imagineros tallaron. Su oro y su plata y sus joyas y sus sedas y sus terciopelos vienen a servir como realce de las fiestas de Dios.

VI

Y ASI, UN AÑO MAS

Y así, un año más, vamos a servir a nuestra fé realista, nuestra devoción que pide representaciones tangibles, a nuestro amor, que no se contenta con parcas ofertas. Vamos a anudar un eslabón más en la cadena. En los archivos de las parroquias de Granada duermen documentos, en los que están escritos los nombres de los fundadores de nuestros templos, de los que costearon nuestras imágenes, de los que fundaron viejas cofradías. Andando el tiempo y como ellos, nosotros habremos sido, también, olvidados. Nuestros nombres no serán nada y nuestros huesos aguardarán la hora de la resurrección y del último juicio. Habremos vuelto al polvo, pero nuestra fe no habrá muerto. El eslabón de cadena que nosotros hemos forjado será uno más, en la sucesión de los años enlazados a otros, que vienen de la historia y a los nuevos que se

vayan anudando cada año. El hombre pasa. La Escritura nos estremece con la certidumbre de su profecía: "¡El hombre! Sus días como el heno; florece como la flor del campo... El lugar mismo que ocupamos, que es Granada, no nos recordará, algún día. Pero si hemos anudado un eslabón en la sucesión de nuestras Semanas Santas, habrá algo que nos redima del olvido. Y aquel que todo lo sabe y que todo lo paga, hasta un vaso de agua que en su nombre se diere, nos tendrá presentes y sabrá de nosotros más de lo que nosotros mismos sabemos. Sabrá si nuestros trabajos en la Semana Santa fueron ofrendados al turismo, o a la curiosidad banal de otros. Sabrá si nuestras obras se asientan sobre el cimiento del celo por la gloria de Dios.

LA «IGLESIA DEL SILENCIO»

Hoy, en el día del pregón de la Semana Santa de Granada, la Iglesia celebra una jornada de oración, por nuestros hermanos los católicos perseguidos tras el "telón de acero". A un tiempo, evocamos a la "Iglesia del Silencio", de la que podemos decir, como en la epístola de San Policarpo, "que vive como forastera", en los países de dominio rojo, y a esa exaltación religiosa de la Semana Santa granadina, que saca las imágenes de los templos y convierte en templo a la ciudad entera. Separadas por la línea de una frontera, que llamamos de acero, o de bambú, en el mundo coexisten la persecución religiosa y la libertad; los templos abiertos, o cerrados; la posibilidad de orar, incluso en la calle y la amenaza de que una oración pública pueda conducir al campo de concentración, del que acaso no se regrese nunca. En los días santos que se avecinan, hemos de clamar ante el Señor, que también fué perseguido, y no olvidar recordarle a nuestros hermanos perseguidos y pedir por nosotros, y por ellos. Debemos, este año rezarle al Cristo de los Favores un cuarto Credo. Un cuarto Credo por la Iglesia del Silencio por nuestros hermanos, que no pueden imaginar siquiera la segura libertad con que nosotros representamos en nuestras calles las escenas de la Pasión y suspendemos el curso de nuestra vida de trabajo, para contemplarlas. La "Iglesia del Silencio" acumula jornadas de heroismos, de martirio, de abnegación y de sacrificio, en defensa y honra de la Fe. De la mima fe que nosotros celebramos aquí, con nuestros clarines, nuestras saetas y nuestros redobles de tambor, en tanto que otros lo hacen en el silencio y pagan, con su sangre y con su vida, según nos dió ejemplo el mismo Cristo, a quien, todos a una, servimos. (Ovación que dura largo rato.)